

## **NARRATIVA TACHIRENSE (Manuel Rojas)**

**MUERTE Y SOLEDAD EN LA MANO  
DEL MORIBUNDO Y OTROS CUENTOS  
DE MANUEL ROJAS**  
**Alexander Lemus García**  
*allemus67@hotmail.com*

¿Si no se conoce todavía la vida,  
como será posible conocer la Muerte?  
*Confucio*

### **RESUMEN**

En este trabajo se trata de asomar una interpretación del libro de cuentos *La mano del moribundo y otros cuentos*, del escritor tachirenses Manuel Rojas, en el que se concibe a la muerte no solo como un fenómeno natural, sino como un fenómeno social y cultural proveniente del pensamiento mítico- religioso, en el cual se le atribuye a la existencia el don de la inmortalidad a través de una trascendencia ectoplasmática. Esta inmortalidad puede tomar muchas formas, pero en este ensayo sólo se abordará el tema en relación con la condición espectral de ese modo de existencia.

En el proyecto narrativo de Rojas se encuentran cinco formas de manifestación de lo espectral: lo fantasmal, el sueño, la magia, la posesión, y la tecnología. En él se concibe a la noche y a la soledad como el contexto idóneo para su manifestación, y al extravío y a la posesión como las consecuencias de su contacto con el mundo real de los vivos.

**Palabras clave:** Muerte, soledad, espectral, noche, posesión.

### **ABSTRACT**

This article aims to present an interpretation on the volume of short stories by Manuel Rojas entitled *La mano del moribundo y otros cuentos*, in which the death is conceived not only as natural phenomenon but as a social and cultural one coming from mythic-religious thought where immortality is attributed to life and makes it capable of transcending time through ectoplasm. This kind of immortality can take several shapes however, this article

will be focused just on the spectral condition of the previously referred way of existence. In Manuel Rojas's narrative the spectral or super natural has five shapes, such as the phantasmatical, the dreaming, the magic, the possession, and technology. In Rojas's work night and solitude are conceived as a perfect context where the spectral can appear while possession and misplacement are the consequences of any contact between that ghostly realm and the real ambit of living persons.

**Key words:** Death, solitude, spectral, night, possession.

## **RÉSUMÉ**

Dans ce travail nous essayons de montrer une interprétation du livre de contes *La main du moribond et d'autres contes*, de l'écrivain du Táchira Manuel Rojas où la mort est conçue, pas seulement comme un phénomène naturel, mais comme un phénomène social et culturel provenant de la pensée mythico-religieuse, où l'existence est attribuée du don d l'immortalité à travers d'une transcendance ectoplasmatique. Cette immortalité peut prendre beaucoup de formes, mais dans cet essai nous aborderons seulement le thème ayant relation avec la condition de spectral de ce moyen d'existence. Dans le projet narratif de Rojas nous trouvons cinq formes de manifestation du spectral: le fantomique, le rêve, la magie, la possession et la Technologie. Le projet conçoit aussi la nuit et la solitude comme le contexte convenable à la manifestation, et à l'égarement et à la possession comme les conséquences de son contact avec le monde réel des vivants.

**Mots-clés:** mort, solitude, spectral, nuit, possession.

En torno a la muerte giran todas las culturas y organizaciones sociales humanas. Así, su concepción de la muerte como fin o como tránsito, su creencia en una vida después de la muerte, en el Juicio Final, entre otros aspectos, funcionan como condicionantes para la actuación de los individuos en un sentido u otro. La idea de inmortalidad y la creencia en el Más Allá aparecen de diversas maneras en prácticamente todas las sociedades y momentos históricos. En este sentido, Ferrater Mora (1984:2282) observa que ya para Platón "la

filosofía es una meditación de la muerte” y concluye que “la piedra de toque de numerosos sistemas filosóficos está constituida por el problema de la muerte”.

Según Sartre (1976:650), tradicionalmente la muerte amerita dos consideraciones: la primera como término final de la vida humana, y en consecuencia, la segunda sería ver a la muerte como la puerta abierta hacia el mundo de lo no-humano absoluto que rodea la vida. Es decir, la muerte enfrenta al ser humano con “la nada de realidad-humana”. En este último caso, la reflexión sobre la muerte supone un análisis de los problemas relativos al sentido de la vida y a la concepción de la inmortalidad, ya sea bajo la forma de su afirmación, o bien bajo el aspecto de su negación. En ambos casos resulta de ello una determinada idea de la muerte.

Una de estas ideas sobre la muerte, con gran repercusión en el imaginario colectivo e insertada en la cotidianidad del ser humano, es la creencia en la inmortalidad del “alma” o del “espíritu”, como propone la religión. Esta creencia obliga a hacer una nueva concepción de la naturaleza de la realidad, puesto que la afirmación de la inmortalidad del alma debería admitir, en consecuencia, “una forma de muerte específica para cada región de la realidad” (Ferrater, 1984: 2283). La creencia en un alma inmortal se impone en la práctica social, a pesar de contarse con una concepción científica de la realidad, según la cual ésta lleva implícito el hecho de la mortalidad, de ser una naturaleza perecedera; y por tanto la experiencia de la muerte causa, en el ser que la padece, un proceso de disolución absoluta, es decir, de no retornabilidad.

La conciencia de la muerte desarrolla en el ser humano aprensión y rechazo al carácter absoluto de la misma. Es por eso que el hombre busca hacerle frente de diversos modos al hecho de que las personas mueren, a lo irreparable de esa pérdida para lo cual no hay resignación, lo que pone en evidencia que la muerte no es sólo un fenómeno natural, sino que a su vez es un fenómeno social y cultural. No es algo que sólo le sucede al moribundo o al fallecido, sino también al sobreviviente.

Uno de esos modos de enfrentar la muerte es negar su carácter absoluto afirmando la inmortalidad del alma, la posibilidad—sostenida por la fe y la creencia—de que los seres que han fallecido sigan estando en contacto con el mundo “real” de los vivos, aun cuando sea en otro estado distinto al orgánico. Pero lejos de consolarse sólo con la esperanza de inmortalidad que le brinda la muerte, el hombre busca y experimenta con otras formas rituales y epistemológicas que le permitan lograr el mismo fin mientras aún se esté con vida; prueba de ello son la magia y la tecnología.

El libro *La mano del moribundo y otros cuentos*, del escritor tachirenses Manuel Rojas, se alimenta de estas creencias y esperanzas humanas, de la carrera del hombre por vencer el espacio-tiempo, llevándolo incluso a la invención de leyendas que mantienen viva su esperanza en la búsqueda encarnizada y obsesiva de su más querido y perdido atributo: La inmortalidad. La existencia de fantasmas sería la confirmación de esta creencia. En Rojas, esta búsqueda de inmortalidad se abre camino en su obra, para dar paso a una de sus facetas: la inmortalidad de lo espectral. En los relatos es recurrente el tema del contacto del mundo de los vivos con el de los muertos y con la muerte, con lo que está “más allá” de la experiencia cotidiana e inmediata de la realidad.

En todos los cuentos Rojas pareciera acercarnos a la visión sobre cómo los vivos experimentamos la muerte; pero no ese estado en que el cuerpo se aquieta y desaparece toda actividad vital, sino a la muerte como esa representación, permanentemente fenomenológica, espectral que los vivos experimentamos. La muerte, más allá de lo biológico como una construcción cultural que trasciende lo meramente ritual para convertirse en una relación activa y presente entre lo físico y lo espiritual.

En el proyecto narrativo de Rojas se encuentran cinco formas de manifestación de lo espectral:

1. Lo fantasmal, propiamente dicho, presente en “Urbanización Sinaral”, “Fobia” y “La mano del moribundo”.
2. El sueño, fundamentalmente en “Adaza”.
3. La magia, en “El prófugo”.
4. La posesión, en “El péndulo” y “La masa”.

## 5. La tecnología, en “La ejecución” y “Gajes del oficio”.

Ese anhelo de inmortalidad ha pasado por el tamiz de la moral cristiana. Si bien el cristianismo postula el principio de la inmortalidad del alma, este atributo no significa que el ser metafísico pueda estar en contacto con el mundo humano, puesto que su destino es el encuentro, o el retorno del alma a su origen divino, a su creador. De modo que cualquier ser ectoplasmático que se manifieste en el mundo de los vivos lo hace por una razón moral, generalmente de valoración negativa, dando origen al término “alma en pena”, asignado a aquellos seres que en vida no cumplieron con el código de ética de la Iglesia. Por ello esta existencia fantasmal está asociada a la idea de pecado, a misión no cumplida. Y se representa en el imaginario como maligna por lo sufrida y maldita, por lo eterno del castigo. Ese castigo no es físico sino espiritual.

Se describe como físico (arder en las llamas del infierno, por ejemplo) porque sólo de esta forma el creyente puede comprender la magnitud ejemplar del castigo moral. En “Adaza” el padre dice a la hija: La desolación del alma, sin la redención, es la marcha hacia lo antiguo, es volverse hacia el tiempo y caer en las garras de Moloh, el diablo de la guerra...(Rojas, 1994: 21).

Este penar del alma también puede representar la tormentosa existencia metafísica de seres con una inconclusa existencia terrenal, como la de la aparecida de la “Urbanización Sinaral”, cuya manifestación espectral no tenía más fin que el de llevar al taxista hasta el lugar en que se encontraba su cadáver.

### **La inmortalidad y la soledad del espectro**

Estos seres espectrales están condenados a una absoluta soledad; su deseo de ponerse en contacto con el mundo de los vivos se ve opacado por lo terrorífico de su presencia. El miedo que su aspecto despierta en los seres humanos pone de manifiesto la imposibilidad de conciliación entre estos y aquellos. Siendo su presencia odiosa entre los hombres, estos sólo pueden darle un repudio eterno. No pudiendo entrar en contacto con su creador, y condenadas a un peregrinar por el mundo metafísico sin esperanza, las almas de los muertos sólo anhelan volver a la vida, como las almas errantes de “La masa”. Cualquier ser

humano que en vida haya faltado a la Ley Moral, su castigo al morir será ser devuelto al mundo de los vivos, pero en una forma repulsiva, siniestra, espectral, insoportable. Estas características lo condenan a la soledad, al aislamiento. Es por ello que los espectros habitan en la oscuridad, en sitios lejanos y solitarios. En “Urbanización Sinaral”, el encuentro entre el taxista y la aparecida sucede en esas circunstancias. Siendo de noche, la mujer toma el taxi e indica una dirección al conductor, y durante el recorrido “De no haber un puente iluminado se presumiría que el rumbo a seguir es una quebrada frente a un túnel” (pág. 10). Además, su forma de actuar—apareciendo y desapareciendo ante los ojos atónitos del taxista—, la forma aterradora de sacarlo del mundo de la lógica objetiva para conducirlo al mundo de lo espectral, cerrado a cualquier forma de comprensión si se observa desde lo humano hacen más dramática la separación entre los dos ámbitos interactuantes y profundizan la idea de soledad.

Detiene el carro y mira hacia atrás, hacia el mueble donde debería estar la mujer (...) ¡Dios mío, la mujer no está! Tiembla como una anguila. No obstante se ve obligado a continuar. Acelera el auto en una vereda angosta. Prosigue hacia una plaza rodeada de robles (...) continúa por una avenida. Sabe que está cuerdo y para confirmarlo se toca, se pellizca, se da una bofetada. -¡Cómo habré olvidado la salida, Dios mío! Se repite constantemente. (Rojas, 2006: 13-14).

Es el mismo caso de la bruja de “El Prófujo”, con la salvedad de que el personaje no está muerto, en realidad ha vencido a la muerte. Gracias a la magia se ha hecho inmortal. Participar de este atributo desafiando las leyes naturales, le confiere su condición de ser espectral, lejano a la realidad humana y en consecuencia padece la soledad de los espectros: la casa que habita está derruida, desierta, con las “ventanas cerradas, el patio descuidado, las cercas en el suelo...”, estaba en estas oprobiosas condiciones porque era una “Casa abandonada” que desde hace muchos años nadie visita. Lo paradójico es que el personaje posee un don que lo preserva del tiempo, pero este mismo atributo lo condena a la soledad. En “La masa”, el protagonista es afectado por una extraña energía proveniente de un meteorito. Este accidente le desarrolla sus capacidades sensitivas más allá de las posibilidades humanas, y a su vez le permite entrar en contacto con lo no-humano, con el

mundo de los muertos, el de las almas inmortales que desprecian esta suerte, anhelando volver al mundo de los vivos. Esta condición le va imposibilitando de forma progresiva su contacto con el mundo humano, al cual percibe de manera simultánea en todas sus manifestaciones y esplendor. Puede estar en contacto con los seres y cosas conocidas, pero en forma etérea, ya no puede sentirlos. Poco a poco su apariencia física va dejando de ser humana, hasta convertirse en una masa amorfa, yal igual que en los cuentos anteriores, adquirir unos dones que no responden a la lógica de la realidad humana condenan al protagonista a la soledad.

Por otra parte, lo espectral, lo paranormal o lo sobrenatural no sólo se manifiestan como una expresión independiente y física del fenómeno.

El retorno de los muertos también puede darse a través del sueño, ese momento de absoluta soledad en que el durmiente se encuentra con su yo inconsciente. Los muertos regresan como imágenes oníricas, como recuerdos preservados en la memoria de quienes los conocían.

En el cuento “Adaza”, la protagonista tiene un sueño incestuoso con su padre muerto. Sin embargo, ya despierta: El miedo le devuelve con perfecta lucidez la fotocromía del enigma. Es un hecho creado por los símbolos de la razón, ilustraciones fotogénicas de la conciencia (...) La silueta del padre emerge nuevamente. (...) Recuerda las palabras, las últimas palabras del viejo (...) Recuerda con estupor las normas, la disciplina, los ruegos...(Rojas, 1994:20).

Siendo el sueño una puerta de comunicación con el mundo de lo “otro”, que en la simbología especular representa de forma invertida lo que en él se refleja, el sueño transgrede la norma impuesta en la realidad y propone, en este caso, la proximidad carnal entre padre e hija en el mundo onírico.

En todo caso, en la mayoría de los cuentos los personajes se sienten invadidos por esa extrañeza o ambigüedad de estado entre el sueño y la vigilia en el momento de entrar en contacto con el ultramundo.

En “Urbanización Sinaral” el chofer del taxi en el momento de iniciar su travesía “bosteza en señal de cansancio”, en “Adaza” es evidente que la protagonista está soñando; cosa que también parece suceder en “El péndulo”, donde nuevamente queda la imprecisión ambigua del estado vigilia/sueño en las impresiones o percepciones del personaje: ...claro está, las cosas emergen borrosas, con cierta ficción, todo allí, detenido ahora, encerrado en el marco del cristal o en la trasmigración de mi cuerpo... (Rojas, 1994:48).

Este regreso periódico de los muertos, como expresión de la conciencia humana de la muerte, al decir de Edgar Morín (1994) es una mezcla entre la memoria (el recuerdo) y la imaginación, alimentado por la fe y la creencia. En “Adaza”, especialmente, la memoria del padre impregna todos los objetos de la casa, todo el contexto que la rodea.

### **Noche, espectros y posesión del contexto de lo humano**

La presencia de la muerte y de lo sobrenatural viene dada en un contexto bien definido que preanuncia su aparición. Es recurrente en todos los cuentos que la noche es el momento propicio de las apariciones, del trastocamiento de las bases objetivas de la realidad, y de la presencia de ese mundo “otro” que funciona con total ausencia de las premisas que gobiernan el mundo “real” que, en la lógica binaria, vendría a representar la luz en contra de la oscuridad de lo irreal. Es el ámbito donde se presenta el encuentro vida/muerte, y el fin de la lógica de la vigilia. Ante la ausencia de las premisas con las que interpretamos la realidad, el mundo “otro” de lo fantasmal se presenta como un laberinto lleno de vericuetos incomprensibles para el hombre de la vigilia, quien irremediabilmente se pierde en ese nebuloso mundo de rarezas espacio-temporales.

Cierra los ojos para no pensar. Irá por donde lo lleven esas misteriosas encrucijadas. Vaga dentro de un laberinto de inscripciones grotescas; irrumpe nuevamente en una carretera en cuyo extremo hay un botadero de desperdicios químicos, sin salida (Rojas, 2006:15).



De cierta manera, es lógico pensar que en un mundo como el espectral, propuesto como la otra cara frente al espejo de la realidad humana, cree confusión en quien ha establecido su “normalidad” dentro del previsible mundo de la cotidianidad. La noche propone una nueva lógica: la de lo espectral, que desajusta el orden establecido por el pensamiento lógico binario impuesto desde Platón que opone realidad a idea. El fantasma estaría siempre en medio, jugando entre una y otra: entre la vida y la muerte, entre la efectividad y la ineffectividad, entre lo presente y lo ausente, entre lo actual y lo inactual. Derrida (2003) pone de manifiesto que el efecto de la espectralidad desbarata todo este juego de oposiciones y nos permite pensar en otros términos: pensar lo que no es, pensar en lo que existe pero a su manera.

Una vez que ha entrado en contacto con el mundo humano, la lógica de lo espectral va posesionándose de todo lo real poco a poco, lo invade y sojuzga: en “El péndulo” la posesión física y espiritual de Asdrúbal es absoluta, un demonio lo gobierna. Las relaciones temporales también se han llenado de ambigüedades y contradicciones por la presencia de lo sobrenatural: De pronto se echó a gritar, aullando, pataleando convulsivamente, envejeciéndose en cada alarido, pero sin perder el rostro de niño (Rojas, 2006: 49).

En “Urbanización Sinaral” lo fantasmal se apodera del ambiente: “La temperatura ha bajado más de lo normal”, “La neblina no le deja ver más allá de treinta metros”; también del tiempo: “Toma un atajo cuando se acuerda de la hora, mira el reloj y no funciona”; de los recursos tecnológicos: “También se da cuenta que el depósito de gasolina no tarda en agotarse” “Las luces [del carro] se apagan, para colmo”. En “Adaza”, la imagen del fallecido reverendo Williams, padre de la protagonista, presenta el mismo caso de posesión absoluta: “Él está en todas partes como Dios, él es omnisciente, omnipresente y omnipotente y ahora él está en la cama en lugar de Adolfo” (Rojas, 2006:20). En este cuento, el fantasma del muerto es en realidad su recuerdo. El recuerdo del padre que se proyecta en todas las cosas que conforman la vida de Adaza y pone “en juego su libertad”. También en “El prófugo” la presencia de lo sobrenatural toma posesión sobre la conciencia de lo real y lo va difuminando, desapareciendo. Mientras permanece junto a la hechicera, el

problema económico del narrador deja de tener importancia, al igual que la esposa y los hijos, se va dando una progresiva pérdida de la memoria de la vida real del protagonista, para ser colmada por la “realidad otra” de lo sobrenatural: Me volvió loco esa mujer con su belleza, con la locura que se vivía allá, días de días, semanas y meses junto a ella (...) mas cuando me acordé de los míos y quise marcharme, me di cuenta que estaba preso dentro de una casa herméticamente cerrada...(Rojas, 1994: 30).

Otra manifestación de la posesión se da en “La masa”, con la salvedad que aquí no es lo fantasmal lo que se presenta ante el narrador, sino una extraña fuente de energía, de origen desconocido que transmuta el orden de la naturaleza de la víctima: La extraña y luminosa forma cilíndrica me envolvía con lentitud. Lentamente fui perdiendo la noción del tiempo y del espacio donde me encontraba. Corrí hacia el espejo y noté que me fundía en la oscuridad, perdiendo la figura humana.

Me fui descomponiendo molecularmente frente al cristal...(Rojas, 2006:43).

Mientras su cuerpo se desintegra, el personaje va tomando conciencia de la inmortalidad de su alma y del don de la ubicuidad que ella posee a través de un viaje astral: Me uní a una hueste de almas extraviadas, vibrantes, milenarias, tal vez (...) dialogué con los muertos en la misma forma que lo hacen los vivos. Anhelaban (...) la vida terrenal (Rojas, 2006:44).

### **La noche y el extravío**

La noche es la alegoría de la sensación de extravío y extrañamiento. Ella convulsiona los sentidos, el pensamiento, desliga al entendimiento de la lógica lineal y lo proyecta a un orden oculto de la realidad. La nocturnidad es, en Rojas, el cronotopo en que lo fantástico se revela como desafío al orden conceptual y objetivo en que vivimos. En “La masa” el narrador protagonista y su acompañante descienden de la montaña y “De pronto [se sienten] perdidos en medio de tan densas tinieblas” (Rojas, 2006:37). Pero además, relaciona la noche, la oscuridad con la presencia permanente de lo siniestro, con aquello que “debía haber quedado oculto, secreto, pero que se ha manifestado” (Freud, 1919): Las pesadillas empezaron en ese momento. Llegué con el tiempo a temerle a la noche (...) ella [lamadre] esperaba a que yo me durmiera, sin saber que para mí la noche era una tortura.

Las tinieblas parecían albergar en su seno todos los espectros habidos desde la creación del mundo: huestes infernales invadían mi habitación (...) Fantasmas enloquecidos huían por calles sangrantes, saltimbanquis viejos reían a carcajadas con ojos desorbitados, cofradías de lisiados, jorobados, mendigos, esqueletos vivientes, sayonas, brujas de manos horribles, sacerdotes del diablo... (Rojas, 2006: 40).

El rompimiento de la noción lógica de la realidad humana no se produce sólo por un asalto de lo sobrenatural o de lo siniestro sobre el mundo real; también se presenta como una acción voluntaria de los personajes, motivados por una “curiosidad” de explorar al mundo más allá de los límites de la razón o de la previsible cotidianidad de la vigilia. En “El prófugo”, por ejemplo, el narrador entra por su propio arrojo al mundo de la hechicera: Ni siquiera se inmutó al verme allí, un intruso en medio de la noche, un ladrón o un criminal, podría suponer, sin embargo no se asustó con mi presencia, muy por el contrario me dio la bienvenida a su mundo (Rojas, 2006: 27).

En “La ejecución” el protagonista habla sobre un “experimento”, el que sin duda implica la deconstrucción del tiempo, su desdoblamiento. Estar fuera del control y límites de lo espacio-temporal le permiten ver la historia de la humanidad en su conjunto, de forma simultánea—como quizás deben verla las almas inmortales—.Romper con el esquema lógico de la existencia, es romper con el principio de causa y efecto. En este caso, la muerte no puede sobrevenir en un cuerpo que no responde a la temporalidad, a lo cronológico. Pero ¿es realmente satisfactorio este deseo cumplido de una naturaleza inmortal? Al menos no mientras se esté en la condición de ser “real”. Para el protagonista, al estar relacionado de forma simultánea con toda la historia, con todas las geografías, con todas las ideas, el mundo se la presenta como algo irreconocible, incomprensible; la realidad puede ser cualquier cosa. Es la percepción del extravío: La plataforma de una esfera, un ente cercano, a lo mejor una piedra, creo, se aproxima en el fondo de un grito. Será como una torre babilónica, una muralla china o quiché, un tótem irreverente, una botella anaranjada; qué se yo, pero eso, sea lo que sea, y todas las demás cosas me arrojan a un estado de displicencia indescriptible (Rojas, 2006: 34).

De igual manera le sucede al protagonista de “La masa”, que con el don adquirido, por un extraño fenómeno, de la dualidad de existencia entre lo físico y lo espiritual, percibe la realidad con sentidos hiper desarrollados: Era insoportable la actividad del viento, los latidos o bombeos del agua, de la sangre, de la savia en el tallo de los árboles de afuera. Los extraños sonidos semejaban el palpitar de nervios en las manos del cirujano; el aleteo de una mosca, el chasquido de una hoja seca en el pavimento, la digestión en el estómago del niño, (...), la orina del perro allá en el patio (...) ruidos infinitos, miles de estallidos... (Rojas, 2006:42).

Tanto en “El prófugo” como en “La ejecución” Rojas plantea los afanes del hombre por alcanzar la inmortalidad conservando la forma física de la existencia. En el primero se logra con la magia, en el segundo con la ciencia. Esta búsqueda de un fin común con medios tan opuestos pareciera insinuar que el hombre aspira a convertir la ciencia en la magia del presente.

### **La tecnología y las nuevas formas espectrales**

Si tomamos en cuenta la forma en que Derrida (2003) afirma que actúan los fantasmas, asediando, estando en un lugar sin ocuparlo, debemos admitir, entonces, que la tecnología de la comunicación es la nueva manifestación del acontecimiento espectral. La televisión, con su exceso de publicidad que busca unificar el gusto—convirtiendo al usuario en una “masa” indiferenciada de consumidores—, es el ejemplo típico del asedio en la actualidad, del carácter espectral de la tecnología. Rojas no deja pasar desapercibida esta realidad, y la incorpora en su libro a través del cuento “Gajes del oficio” en el que la presencia de la televisión es abrumadora: Hoy le compramos un televisor de pulsera a la niña... Es necesario comprar un portátil para el auto... Al penetrar en la oficina, el señor Franz, enciende la luz mostaza del centro; a su vez las innumerables pantallas del fondo se iluminan presentando en cada una de ellas diferentes escenas (Rojas, 2006:65).

La omnipresencia de la televisión manifiesta, al igual que el fantasma del reverendo Williams o del demonio dentro del cuerpo de Asdrúbal, la absoluta posesión del ambiente y de la vida de los personajes por parte del tecno-fantasma. De igual forma, su presencia se reproduce por la soledad, que se mimetiza en los personajes. El señor Franz se encierra en

su oficina y allí, frente a las múltiples pantallas que componen el mobiliario “pasa el tiempo mientras le dura la crisis de soledad” (Rojas, 2006:65). Luego, se marcha a su casa “Desde que entra va encendiendo todas las pantallas hasta llegar a la cocina” y “Una vez más se siente sólo” (Rojas, 2006:65).

En resumen se podría decir que el eje de los cuentos de *La mano del moribundo* es la exploración del deseo de inmortalidad que alberga el hombre, los caminos que busca el ser humano para alcanzarla. La construcción de imaginarios que le permitan satisfacer este deseo. Negarse a aceptar la muerte como límite de lo humano. Por vía de la creencia y de la fe en la inmortalidad del alma, por una fe ciega en las posibilidades de la ciencia como capaz de manipular y controlar las leyes de la Naturaleza y de transgredir los límites del Orden Divino, por las posibilidades del mundo no racional. Desafortunadamente hasta ahora este deseo no ha sido alcanzado, puesto que la inmortalidad, en el imaginario colectivo, se ha presentado sólo como un horror, como una presencia espectral que se repele. Según lo que puede extraerse de los cuentos, para Manuel Rojas, la muerte le da al hombre la inmortalidad, vive eternamente gracias a la liberación, en el momento de la muerte, de su parte no-mortal, pero la inmortalidad lo sumerge en una profunda soledad, marcada por la imposibilidad de entrar en contacto con un mundo que se le presenta “Otro”. La obra de Manuel Rojas parece estar sustentada sobre una sola hipótesis: la muerte y la soledad son las eternas compañeras del hombre.

Peor aún, es percibir que ante la inmensidad de la soledad que rodea al ser humano sólo las imágenes de la muerte regresan de ultratumba para llenar estas soledades. La soledad se convierte en el absoluto y pathos de la narración de Rojas, quien más allá del optimismo que pretende demostrar en “Gajes del oficio”, nos presenta a un individuo derrotado ante la incomunicación, que ha perdido todo acercamiento con la vida humana y que su único contacto es a través de las imágenes de una pantalla de televisión, medio electrónico que ha suplantado la presencia humana en nuestras vidas. La televisión usurpa el espacio de la vida, ya no se vive, sólo se mira, no hay relación activa alguna. Se nos ofrece un mundo entero, pero a la medida de la mirada. Como bien dice Blanchot (1996), la práctica es sustituida por el pseudo-conocimiento de una mirada irresponsable.

Este ensayo fue publicado en la revista CONTEXTO, Segunda etapa - Volumen 13 - No. 15 - Año 2009 *Universidad de los Andes, Táchira*  
*San Cristóbal, 2009*

## REFERENCIAS

*Blanchot, M. (1996). El diálogo inconcluso. Caracas: Monte Ávila editores.*

*Derrida, J. (2003). Espectros de Marx. Madrid: Trotta.*

*Ferrater, F. (1984). Diccionario de filosofía. Madrid: Alianza Editorial.*

*Freud, S. (1919). Lo siniestro. Consulta 23-08-2008. En: <http://www.galeon.com/elortiba/freud36.html>*

*Morin, E. (1994). El hombre y la muerte. Barcelona: Kairós.*

*Rojas, M. (2006). La mano del moribundo y otros cuentos. San Cristóbal: Fondo Editorial Simón Rodríguez.*

*Rosenblat, M. (1984). Poe y Cortazar. Lo fantástico como nostalgia. Caracas: Monte Ávila Editores.*

*Sartre, J. (1976). El ser y la nada. Buenos Aires: Losada.*

## **LA MANO DEL MORIBUNDO Y OTROS CUENTOS (Manuel Rojas)**

### URBANIZACIÓN SINARAL

-¿Adónde? Pregunta el hombre mientras enciende un cigarrillo.

-Al Sinaral, por favor.

-¿El barrio o la urbanización?

-La urbanización, contesta la mujer.

El conductor da marcha al carro con cierta rapidez pues de noche no hay congestionamiento. Ella viste de negro, con abrigo y bufanda del mismo color y sobre el cuello luce un círculo de cadenas brillantes. Arquea el cuerpo con torpeza, apoyándose en la gamuza del asiento del chofer. Por supuesto se trata de una dama de

buenos modales aunque por el aliento, se percibe que está ebria. La voz le sale gangosa, como suelen hablar los borrachos. Un aire fresco, de finales de julio, acaricia sus rostros. El hombre bosteza en señal de cansancio. Enciende la radio: Jhonny Albino se deja oír en el pequeño espacio del Aspen. El hombre sueña quien sabe con que, sin ser del todo viejo para el momento de la canción. Reflejos de luna se filtran a través de las ventanas. Vuelve la mirada al retrovisor y busca la mano sobre la gamuza, una mano blanca, delicada, con una sortija y un diamante. Él la observa como si se tratara de una fina porcelana. Calles levemente iluminadas, largas, solitarias, aparecen semejando una pantalla de cine. Canta a media voz en forma desafinada y pesarosa. Otra canción dispersa la monotonía. La mujer permanece quieta, meditabunda, como una estatua pulcramente ataviada. Un letrero, apenas visible, indica la entrada a la urbanización. De no haber un puente iluminado se presumiría que el rumbo a seguir es una quebrada frente a un túnel:

“PELIGRO  
LA MUJER ACEC...”

La última frase no fue leída por el conductor. Iban por un sector a medio asfaltar, deprimente. Sin embargo al retomar una avenida, el pavimento, debido a la lluvia, lucía como un espejo negro. A los lados, erguidos, aparecen dos muros de piedra como plantados alrededor de las mansiones. Gallardas edificaciones parecen levantarse hacia el cielo; acaso esta manera y orden de las construcciones reflejen la grandeza de las familias que allí viven. Los oscuros umbrales hablan de una terrible soledad entre verjas que parecieran encerrar árboles gigantes, majestuosos.

-A la derecha, por favor.

El hombre aminora la velocidad. Hace un esfuerzo para coordinar y de pronto s acuerda de alguien que lleva en el asiento de atrás y que debería reflejarse en el retrovisor.

- Como usted ordene, señora. Responde el hombre. Cinco segundos, diez, un minuto, no sabe cuánto... considerable, eso sí, para un bostezo. Y mira la mano. La mano que ahora no está. Mira al espejo y la mujer tampoco está. Palidece. Hunde con fuerza el freno y en ese

momento alguien le quita el paso, es un Fair Montt rojo que estacione al frente. El hombre emite gritos guturales:

-¡Ignaaaaaaaaaaaaaaaaaacioooooooooooooo!

El hombre del carro rojo se baja riendo pero al ver el rostro del otro se sorprende:

-¡Hey, qué sucede!

-¡No está, la mujer no está!

-A ver, cálmese, dice el interlocutor para quien la confusión es tan sólo un susto de principiantes.

-Vamos por partes ¿a qué mujer te refieres?

En efecto, tal como lo había imaginado el hombre del carro rojo, la mujer trataba de levantarse, medio dormida decía cosas ininteligibles. Ambos ríen al percatarse de la situación.

-¡Fue sólo un susto – dice el afectado – para mí fue difícil no verla en el espejo.

-La ciudad es peligrosa de noche, tenga cuidado. Anoche asesinaron a uno por los lados del sur, lo mutilaron horriblemente, unos maricas, dicen ¡puta madre! Y se lleva la mano a la boca en señal de respeto.

El hombre del carro rojo prosigue, y el taxista regresa a su objetivo. La mujer permanece fija, allí, proyectando una silueta de escultura humana, indemne como petrificada, semejante a esas muñecas de fililí señorial de los figurines.

-A la izquierda, por favor. Escuchará decir a la mujer, quizás.

-A la derecha, volverá a decir.

-Ahí, en esa casa, y la casa estará silenciosa, envuelta en neblina. Alguien la esperará en la puerta, a lo mejor un viejo vestido con frac y abrigo de piel de foca.

-¡Oh, mi tierna y siempre admirada esposa! ¿De qué estás hecha ángel mío? O por el contrario la entrará a golpes a su casa.

-¡Gracias señor, es usted muy amable, y le dará una buena suma de dinero por la carrera.

-¡No, por favor, es mucho... ! No, o estará contento el taxista. Así no debe ser, quizás imaginó. Tal vez se trate de una solterona adinerada y melancólica. La recibirán en la escalera un par de ancianos. Una vieja desgarbada le dirá: “Mi dulce y espiritual hijita, hemos estado esperándote, mira, tú sabes, por lo de la artritis y el insomnio, no he podido



pegar los ojos y... la solterona que se quedó para vestir santos, pensará el conductor. La solterona ebria, eso no le gustará a mamá. Esas cosas pensaba el conductor mientras se escurría de cansancio en el asiento.

La oportuna presencia de Ignacio sólo servirá de burla para los demás. Pensando en esto se siente un idiota. Ha demostrado serlo ¡cómo se burlarán! Dirán lo de siempre. Se sentarán a conversar en las sucias bancas de la plaza: él les contará la última y se reirán con toda la desfachatez posible, con sus risas desdentadas, hediondas, miserables; se mofarán hasta decir basta. Así los ve dentro de su cabeza, fumando y rascándose las grasosas barrigas.

La mano de la mujer permanece en el mismo sitio. El hombre se hace una imagen abstracta de la fina porcelana y el diamante que refulge. La mano que observara hacía un instante ya no está. Recuerda los dedos, largos y filosos, las uñas plateadas, elegantes, y entre las penumbras la cadena de oro; el destello aumenta como una ráfaga de visión salvaje. Podría asaltarla y nadie lo descubriría, excepto Ignacio, a quien se le podría dar algo a cambio del silencio. Esta idea cruzó fugaz por su mente. Mira de soslayo la mano que no está, el cuello y la boca – línea rojiza y débil – de la escultura de ébano. Mira donde debía de estar el rostro de la mujer y sólo ve un hueco hondo y negro empañando el vidrio. Ríe. Con clientes así uno pasaría toda la noche sin saber a donde van, se dice en voz alta. Detiene el carro y mira hacia atrás, hacia el mueble donde debería estar la mujer. La mujer no está. La atmósfera le pesa en las espaldas como si llevara un busto de cemento. Un aire frío, tenso, perfora el espacio. Una crispación eléctrica ruge dentro de su cuerpo. ¡Dios mío, la mujer no está! Tiembla como una anguila e intenta abrir la puerta pero esta no cede. No obstante se ve obligado a continuar. Acelera el auto en una vereda angosta. Prosigue hacia una plaza rodeada de robles. Aturdido y pálido continúa por una avenida. Sabe que está cuerdo y para confirmarlo se toca, se pellizca, se da una bofetada. ¡Se burlarán de mí pero es verdad, Dios sabe que es verdad! Esta frase baila por largo rato en su cabeza.

En algún momento el hombre se había decidido a abandonar el carro, pero algo superior al miedo le hacía mantenerse en control. Pese al incidente, otras cosas lo tranquilizaban, pues se arrellanó en el asiento, automáticamente. Se estiró, respiró con vehemencia y cogió ánimo para continuar. Encendió un cigarrillo. La temperatura ha bajado más de lo normal. Busca una manta. A nadie se le hubiera ocurrido meterse en aquel lugar y menos a esa hora.

Ignacio debió llegar hasta el principio, hasta las primeras quintas de la urbanización o hasta la plaza. Aminora la velocidad. La neblina no le deja ver más allá de treinta metros. Curiosamente le parecen iguales todas las calles, todos los jardines de las casas y todos los brocales.

-¡Cómo habré olvidado la salida, Dios mío! Se repite constantemente.

Por unos instantes debió haberse bebido el tiempo sin pensar en nada. Gira hacia la derecha para encontrarse de pronto en un turbio callejón repleto de basura y casas metálicas, inmersas en la oscuridad, de ventanas ovales y balcones ajedrezados. También se da cuenta que el depósito de gasolina no tarda en agotarse. Juraría que le falta el aire, porque un olor extraño le lastima, como si alguien quemara hierbas para santería o marihuana. La luna se oculta entre gasas grises y en las ramas de los olmos por encima del terrado de un pequeño edificio. Baja hacia lugares pestilentes, de calles angostas y cloacas abiertas. Desvía el carro por una esquina que da a otro sector igual de miserable al anterior, de latas y arbustos secos. Sale a otra barriada de edificios con torres de ladrillos pálidos. Cierra los ojos para no pensar. Irá por donde le lleven esas misteriosas encrucijadas. Vaga dentro de un laberinto de inscripciones grotescas; irrumpe nuevamente en una carretera en cuyo extremo hay un botadero de desperdicios químicos, sin salida. Considera que es un sitio despejado y sin ningún peligro para orinar. Basta la necesidad o el instinto de conservación para anunciarle la cercanía de los dóberman apostados detrás. Lo que más le tortura es su pésimo sentido de la cordura, la falta de memoria y fe; nunca se perdonará ese error. La sensación de estar solo a pesar de estar rodeado de gente que duerme y perros que lo persiguen, le aterroriza hasta la confusión. Intenta, aun así, abrir la puerta y nada. Acelera un poco para detenerse más adelante, en plena soledad y silencio de la madrugada. Las luces se apagan, para colmo. El cielo está cruzado de copas y ramajes, menos oscuro en esta zona, sin embargo pueden verse las estrellas, incluso ahora se siente algo de calor. Se queda ahí, absorto, impávido, y más, cuando oye el quejido de un niño. La voz retumba en las paredes y regresa contra el eco, con un grito desgarrado, sumido en las tinieblas, quejumbroso: ¡Maaaaaaaaaaaaaaaaamiiiiiiiiiiiiiiiiiii, veeeeennnnnnnnnnnnnnnnnn!

Parte de allí a toda máquina. Cruza un parque y arriba a una explanada, suda frío. Toma una vereda corta y llega a una vivienda con aspecto de convento en ruinas. Una ráfaga de neblina se dispersa en la atmósfera. Sin darse cuenta, por poco enciende el auto al

prender un cigarrillo. Apenas se quema parte de la alfombra. En un instante logra aplacar la espada de fuego que ya empezaba a alzarse. Como para consolarse emite un gemido que es respondido desde alguna parte de las penumbras. Un “¡ay!” de dolor se repite sorpresivamente. Prosigue hacia una vía moribunda, de piedras talladas. Cae en una avenida parecida a la anterior. Toma un atajo cuando se acuerda de la hora, mira el reloj y no funciona. Enciende la radio y tampoco funciona. Da un vistazo al marcador de gasolina y este le confirma que en cualquier momento se termina. Sigue en tinieblas hasta un lugar de hermosos chales. De pronto se encuentra frente a una hilera de casas prefabricadas y terrenos en remoción, con máquinas cual si fueran escombros de basura. Hace la retirada por un sector de campo abierto dirigiéndose, sin saberlo, a la primera ruta de hace un buen rato. Balbucea de rabia: “¡maldita sea, el mismo sitio!”. Deja un grueso chorro de smog cuando el carro empieza a rezagarse desmayándose poco a poco. Toma hacia la derecha y estaciona en la orilla de un cedro. Amanece. Ve como entre sueños una maraña de calles, plazas, pájaros y edificios que forzosamente quisieran asirse a la realidad. Naranjas pisoteadas sobre un suelo teñido de rojo, triste, donde un grupo de niños ríen mientras juegan con algo que le llama poderosamente la atención; el escenario le saca de sus cabales. Niños con peinados extraños, de cejas anchas sobre unos ojos grandes y espantosos, hacen filas y acrobacias maniobrando con soltura algo que le hace estremecer. Ve o cree ver una mano sangrante, larga, con dedos filosos y uñas plateadas que pareciera estar aún viva. Y en uno de esos dedos titila un anillo que semeja una terrible llama en medio de aquel arsenal, tupido de neblina.

## **ADAZA**

Un inmenso caballo blanco persigue a Adaza. De pronto se siente amordazada por un desconocido. Él la toma rodeándole el cuerpo con sus largas manos. El caballo se acerca, majestuosamente. Los brazos del hombre se aprietan aún más, con premura, como un oso o como un salvaje. Ahora el animal está frente a ella. Ve en su mirada un dejo de malicia parecido al de los humanos. Inmediatamente el gesto del caballo empieza a transformarse. Ella no se equivoca, lo advierte y cierra los ojos. Al abrirlos, con la mirada un tanto nebulosa, percibe la imagen del nuevo rostro. Con asombro se lleva las manos a la cara,

está libre pero aterrada, es su padre. La escena se da en campo abierto, bajo los árboles de mayo, con un relieve de aire aceitunado y abundante vegetación. El padre la desnuda mientras el otro la sostiene con fuerza. Ella se ha quedado petrificada ante la actitud de su progenitor. Nunca imaginó, ni siquiera en sueños, que algún día el padre le hiciera tanto daño. Medita un instante. El miedo le devuelve con perfecta lucidez la fotocromía del enigma. Es un hecho creado por los símbolos de la razón, ilustraciones fotogénicas de la conciencia - reflexiona mientras se sirve un Martini. La silueta del padre emerge nuevamente.

Recuerda las palabras, las últimas palabras del viejo, incluso recuerda las cosas que le dijera en los tiempos de la infancia. Recuerda con estupor las normas, la disciplina, los ruegos, también llega a su memoria la figura de mamá Dora, y con ella la obra de la fecundidad, de la existencia del feto en el vientre de la madre, decía él. La imposibilidad de aceptarla así, con el dolor al romper el himen o lo del aborto, el vía crucis al parir, los problemas de la menstruación, de la masturbación y del pecado original. El instinto de mujer la guía entre las sombras. Es anticristiano siquiera mencionarlo, no, hija mía, tu no. Entonces recordó una vieja obra de teatro representada por Adolfo, su novio, en memoria del padre Rvdo. Williams, miembro activo de una comunidad religiosa. El siempre estaba ahí, con el bastón negro, la boina de fieltro, la colonia de pino y los dedos untados de ácido bórico. A veces él hablaba desde la foto y ella le observaba con resignación. En ocasiones le veía parado frente al cuadro tintarosa del pasillo, inmerso en la textura, él está en todas partes como Dios, él es omnisciente, omnipresente y ahora él está en la cama en lugar de Adolfo. Bebe el vino de la consagración en la fría soledad del templo. Adolfo salta el muro bajo la luminosidad de la luna. Adaza habría adivinado la escena: su padre visto de mil formas en el sueño, pero nunca a través en un caballo. merece analizarse dice al terminar el Martini. El texto es solo una simulación en la comedia y la comedia se repite en la transfiguración del espíritu y el espíritu se entrega y él lo recibe con los brazos abiertos y se acuestan en la misma cama, padre e hija, como en los viejos tiempos. -La desolación del alma, sin la redención, es la marcha hacia lo antiguo, es volverse hacia el tiempo y caer en las garras de Moloh el diablo de la guerra; los sabios cruzan las enormes puertas de los monasterios para descansar en la voluntad divina y tú hija mía estas dedicada a Dios... recuerda frases del Rvdo. Williams. Adaza abandona el recinto y se sienta afuera, a

contemplar la calle y sus alrededores, una aristocracia fingida, el portón de caoba maciza, los jardines con sus flacas enredaderas, el muro de piedra y su fuerte malla a la que tantas veces se acercara para ver la otra vida, la vida pública de la gente común, como dijera el padre. Al fin puede correr entre las multitudes. Es la mañana y la tarde a la vez. Ha perdido la noción del tiempo. Se acuerda de algunas cosas que le faltan, cosas que nunca podría comprar si existiera el padre. Entra en el primer almacén; quiere ataviarse para Adolfo. Las enumera: ocho en total: un polvo compacto plus o mejor pétalo, un lápiz labial, un encrespador de pestañas, un delineador negro y una pintura color fucsia para las uñas, un rímer para los ojos, una cajita de sombras de cuatro tonos y un juego de medias Panty más un par de pantaletas tipo hilodental. Nunca en su vida se había puesto un bikini, menos esto, apostaría lo que fuera que todas las mujeres lo usan, musitó plácidamente.

No podía estar pensando en nada ahora que estaba en juego su libertad, pero, ¿qué era la libertad? Acaso ¿correr por las avenidas, coger el autobús, buscar en la guía el número de teléfono de él, trastabillar en las escaleras mecánicas para encontrarse con Adolfo? Y si ¿no la conocía? Y si por el contrario la recibiera ¿qué le diría? aquí estoy, soy tu próximo cordero, te ofrendo mi carne, como el mejor sacrificio de mi vida, fantasma, hazlo como quieras. En la memoria de mi padre... este es el cáliz. Reflexiona. Se siente sola e impotente. Pareciera flotar en la habitación. Una sustancia húmeda, viscosa, desciende de entre las piernas. Se mira en el espejo e improvisa gestos de coquetería. Adolfo la observa con detenimiento, callado, fumándose un cigarro. Ella continúa jugando frente al cristal. Ríe, como suelen hacer las mujeres débiles piensa mientras se desnuda. Un brioso alazán blanco galopa en los intersticios de la piel, sube desde el vientre, baja, se adueña del sexo. Adolfo la desea. Adaza gira en el centro de un sueño pálido, respira hondo, sintiendo la esencia de ese mundo desconocido -¡Qué locura! ¡Absurda parodia! y se contempla en el espejo presa de una sensación indescriptible, dejándose llevar por el vértigo hacia la caída final, certera; los pequeños pezones posan sobre la figura de su padre ahora muerto...

## **EL PRÓFUGO**

El día estaba a punto de declinar, pronto el verdor del campo se vestiría de negro, las cortinas de la habitación ya empezaban a parecerme fantasmas. El día y la noche se hacían largos y cada vez – segundo a segundo – crecía mi desesperación. La luna flotaba a lo alto recordándome una vieja leyenda de la infancia; imaginaba una noche límpida abarrotada de estrellas, esparcidas en el espacio sideral semejante a los Campos Elíseos de la fábula, luego aparecía la bestia, después, no obstante, la situación se transformaba en un paraje escabroso, la luna teñida en sangre y en el bosque, abajo, frente a las colinas, una rampa de tumbas destruidas.

El aspecto de la visión es miserable si lo consideramos como real, sin embargo, es cierto, no es un sueño ¿alucino? No, es espectral el panorama. Trato de moverme y no puedo. Intento alcanzar el borde de la mesa y llego a la conclusión que estoy aniquilado, agonizante, silenciosamente dormido dentro de un abismo de muerte. Escucho el aire silbante, apacible, como un eco de remotísimas notas. No sé qué impresión terrible me esperará después de... mas, esta agonía es espantosa, insufrible. La debilidad, el dolor, el frío de la noche, la maldita noche no termina. Consternado trato de recordar y, aunque desangre totalmente me deslizo como una serpiente, tal vez alguien me encuentre y me salve de la maldita m ...

Alguien viene. Esta ventana es grande, la puerta, el balcón, los árboles misteriosos, sórdidos (vistos desde mi estereotipada razón, los árboles son rojos), y de nuevo la sangre ahí, salpicándome; abruptamente recuerdo, sosteniéndome de la varilla de la cama y apoyado en la silla, la aventura de la huida. Con sobrehumano esfuerzo me impulso hasta alcanzar las cortinas, al sostenerme las atrapo pero estas se rompen en tirones. Al fin estoy frente a la ventana; un poco y puedo asomarme por entre las celosías. Tal como lo imaginé el patio está rodeado de árboles y cayenas.

A falta de azar y perturbado por la incómoda persecución de los perros, corrí por el campo abierto. El rastro fue fácil de borrar a causa de la lluvia pero el cansancio me derrumbó, eso fue no sé cuántas noches atrás, usted me entiende ¿verdad? Mire, yo estaba preocupado por mi situación económica, motivo por el cual decidí penetrar en esa maldita casa. Todos los días tenía que pasar frente a ella y siempre la veía desierta, como todo el mundo la ve hasta ahora: las ventanas cerradas, el patio descuidado, las cercas en el suelo;

jamás pensé en perros, nunca los oí ladrar, es extraño. La historia de la casa abandonada me causaba una gran curiosidad. Alguien había dicho que ahí vivía o había vivido una mujer muy hermosa y que nadie sabía su nombre ni siquiera el origen de su existencia. Era alta, de ojos negros y cabello abundante. Siempre vistió como si viviera en el siglo XIV, semejante a una de aquellas mujeres que fueron condenadas a la hoguera o a la horca, a una de las brujas de Salem, por ejemplo. La curiosidad me aguijoneaba constantemente hasta que decidí hacerle una visita a la mansión.

Mire usted, al venir hacia acá todavía oía su risa. Me persigue y no sé que hacer. La mujer no dejaba de mirarme con desconfianza, como si yo fuese un demente. Por eso la maté, no merecía vivir, sé que usted me comprende y no me delatará porque... La mujer me observaba con miedo mientras yo intentaba desahogarme en mi confusión. Escúchame, por favor ... era una dama infernal, hacía rituales muy extraños. Cuando la conocí estaba arrellanada en una silla de cuero, profiriendo maleficios para alcanzar la eterna juventud – dijo – mientras cerraba los ojos en señal de contrición. Ni siquiera se inmutó al verme allí, un intruso en medio de la noche, un ladrón o un criminal, podía suponer, sin embargo no se asustó con mi presencia, muy por el contrario me dio la bienvenida a su mundo. Una jira al campo en cada cinco lustros, jubileo durante cuarenta días si hay luna llena en los primeros días de mayo, incluyendo una persona de mi entera confianza, murmuraba. Yo soy de su extrema confianza, le dije a pesar de haberla conocido recientemente. Al fin y al cabo nadie te conoce en este sucio pueblo, repliqué.

La casa estaba bien aseada y gozaba de buena ventilación. Había en la puerta derecha, a un costado del jardín, un sembradío de trigo candeal. Me condujo a un sitio espacioso tomándome de la mano, luego, separándose de mi a cierta distancia y sin dejar de mirarme, bebió un líquido al que llamó “Rocío de Mayo” de flora adventicia, recogida, según ella, de los verdes trigales al despuntar el alba; en un paño de lino blanco se sirvió unas hierbas mezcladas, un biscocho, una corteza de pan, una ligera sangría (no entiendo el significado de ligera sangría, pero lo cuento tal cual como ella lo dijo sin eludir el tono de enigma que le dio al parafraseo de cosas que inventariaba sin quitarme la mirada), seis gotas de bálsamo de azor ¡la medicina universal! Esta es la mejor forma de conservarse joven – continuó- ; con el mercurio astral y el azufre de oro seré joven otra vez, señaló dos

pequeñas porciones de algo parecido a la ceniza, desviando por fin la mirada un instante. Quédate junto a mi, por favor. Oigo su voz como si estuviera distante y sin embargo ahora la veo más cerca, tan cerca que podemos compartir la misma respiración. Estando así, frente a frente, creo verla palidecer cayéndose en el acto desmayada. La tomo entre los brazos y la acuesto sobre la cama. Estuve seis días junto a ella sin dormir, sin pensar, sin preocuparme por mis problemas económicos, por mi mujer y mis hijos. Seis días soportando sus convulsiones, sus dolores en el vientre, en los huesos, en la piel, sus trepidaciones y evacuaciones hediondas. Cambiándola de ropas, bañándola y perfumándola. Haciéndole, de acuerdo a sus indicaciones, caldos sazonados con hojas de ruda, de salvia, de valeriana, verbena y melisa. A la séptima mañana se levantó muy temprano. De pronto, como por un fenómeno superior a los sentidos, se irguió desde su laberinto de sombras motivada por el deseo de asirse a la nueva juventud, según ella.

Alcánzame esa botella y esas copas. Cuando las hube alcanzado, habló con serenidad mientras servía el codiciado licor. ¡Una copa de vino de Egipto, brindemos por la vida! ¡Brindemos! Contesté asustado. ¡El elixir de Acharab, en memoria de nuestro eterno presente! Alzamos las copas. “Quod est superius est sicut a quod est inferius ... e contra”, dijo con voz estruendosa. Como Jasón, quien fue reducido a la juventud por Cledea o por Esculapio. Este es el nigrum de Aristóteles, de Theoplasto y de... en fin... ¡soy joven, nueva, hermosa, pura, agraciada! Y alzando otra vez la copa, dijo: “Deus super omnia; contra la muerte y sus inmundicias...” Me había quedado mudo ante la escena. Ella se holgaba de cosas que yo no podía entender. Una lámpara inútil repartía la luz en brevísimas intermitencias azules, pues no había querido abrir las ventanas.

Encienda más la luz pero no abra la ventana, es por el sol, es mal augurio que me ilumine, podría quitarle poder al encanto, así, en la intimidad de la habitación y con esa luz débil puedo respirar mejor la vida ¿ves como rejuvenezco? En realidad no tenía un solo indicio de tal proceso. No, le dije, e inmediatamente se revolcó como una víbora, mirándome con odio, después, en vista de las circunstancias, y para tranquilizarla le dije que sí, que su rostro empezaba a ofrecer el candor de una quinceañera, que sus manos eran como si estuvieran enguantadas de ónix o esculpidas en mármol, pero que todavía no se notaba bien; acto seguido empecé a declamarle un cantar de Salomón y que acercándome



sin miedo le susurré en el oído: ¡Qué hermosa eres, y cuán suave, oh amor deleitoso! Tu estatura es semejante a la palmera, y tus pechos a los racimos del valle florido... atrayéndola sutilmente la besé en los labios y en los senos.

Usted comprende por qué huyo, sí que lo entiende, y también sabe que no podrá delatarme, no sabe cuánto me costó llegar hasta acá; me volvió loco esa mujer con su belleza, con la locura que se vivía allá, días de días, semanas y meses junto a ella, mirándola en silencio, amándola en secreto, mas cuando me acordé de los míos y quise marcharme, me di cuenta que estaba preso dentro de una casa herméticamente cerrada y mi vida en un claustro de ansiedades. En consecuencia el tiempo lo invertí, aparte de oírla, en idear un plan para escapar. Tiempo después al fin pude saltar por una ventana que se hallaba en la cúpula de una torrecita de la cocina por donde salía el humo. Lo demás usted lo sabe. Sin embargo siento que esa mujer me persigue, me asedia, viene tras de mí, no sé, no lo imagino, es real, su sombra la veo en todas partes como un mal antiguo, como un fantasma griego o una esfinge árabe, seguro. Usted no me delatará señora. La incertidumbre me hace su huésped.

Un olor a anís invade la tarde. Recorro las calles del pueblo y advierto a la guardia olfateando alrededor. El primer gesto de sobrevivencia que se me ocurrió fue destruir cualquier vestigio de sospecha, pero ella también dudó de mí, como mi mujer y mis hijos. Esa noche me acosté temprano. Afuera se oían voces de borrachos. Adentro la habitación ofrecía una serenidad increíble, no obstante un olor a humedad, a polilla (si es que las polillas huelen a algo), a casa vieja y abandonada se expandía en el recinto. Daba la impresión que esta casona hubiera sido en el pasado un convento. Una sombra circular cubría las paredes entre franjas perpendiculares que se filtraban por las ranuras tejiendo espadas de fuego; nada tenía sentido a esas horas, los astros se precipitaban al fondo de las cortinas, los espejos altos partidos en miles de pedazos me devolvían un rostro de mujer opaco, tal vez a causa de los destellos de la luna o por las hogueras salvajes donde se achicharraban los cuerpos de las brujas como el de Lilith la “lechuza estridente”.

Destapo una botella de vino y me apresuro un trago. Aspiro el delicioso aroma de yerbas añejadas. Huele, después de todo a mastranto. Recuerdo algunas cosas. Sorbo una vez más el licor y aspiro, aspiro hondo como para no sentir el calor tan cerca. Ella no quiso escucharme, nadie quiso oírme, nadie me creyó; mañana a lo mejor estaré oyéndome decir

que soy culpable. Apuro un último trago y continúo buscando una vez más la salida. Creo que los perros desertaron o se murieron de viejos. La policía se alejó finalmente; tal vez se olvidó del caso. Este secuestro me parece mucho más cruel que los demás. Ahora no sé que hacer con todo lo que ha pasado. Debo intentar serenarme. El tiempo cuelga en los arrabales de esta inmunda casa desolada. La mujer se vistió de cenizas, de augurios y misteriosos rezos, de exorcismos fatuos, de tiempo y miseria que se me acumula en los ojos. Afuera debe estar lloviendo o es la hoguera de los siglos que se alza en las páginas del libro de Salomón; lujuriosamente esclavo de un sexo remoto me aferro a la última esperanza. El fuego se levanta en alguna parte de la cocina y allí, entre los despojos, su juventud se hace indetenible.

## **LA EJECUCION**

**Todo predominio de la fantasía sobre la razón  
constituye una gran locura.**

Samuel Jhonson

Escribo esto, ahora en que la noche se ha abierto como un loto y la lluvia no cesa, ahora en que las ranas croan en la oscuridad y los gatos se entumescen y se esconden bajo tejas partidas, ahora en que quizás estoy soñando o tal vez ande por ahí como un sucio metal con que se compran las cosas. Las imágenes se acercan a pasos agigantados, la luz y las tinieblas se invierten: no veo distancias, fin ni horizontes; estoy a merced del tiempo. La velocidad en que viajo me da vértigo. El experimento, querida Dedé, ha dado el resultado esperado. Bajo hacia un túnel de piedra, envuelto en incandescencias; encuentro unas gradas y descendo por ellas... 19, 20, 21. La visión me empequeñece, por eso todo lo que suceda de aquí en adelante, aun cuando se trate de la muerte será agradable pues todavía no soy sabio en el dolor. La plataforma de una esfera, un ente cercano, a lo mejor una piedra, creo, se aproxima en el fondo de un grito. Será como una torre babilónica, una muralla china o quiché, un tótem irreverente, una botella anaranjada; qué sé yo, pero eso, sea lo que sea, y todas las demás cosas me arrojan a un estado de displicencia indescriptible. Aunque

al principio hice mención de sentirme agrado, ahora esta breve derrota ha de acentuar en mí la desconfianza en este tipo de experimentos. Es natural que actuara con sigilo, entonces la cosa antes señalada toma forma: se trata de una casa grande, vieja, solitaria, rodeada de árboles frutales, situada en el extremo norte de una gran ciudad parecida a Londres.

Un anciano anémico pero bien vestido, con una rosa en el ojal, hace las veces de anfitrión. A su lado se halla sentada una señora que sostiene fervorosa un libro entre las manos, probablemente una Biblia. Permanece silenciosa, seria, sus facciones son pequeñas al igual que las de un colibrí. Posee un encanto particular que la hace semejar al carisma que transmiten las beduinas cuando están alegres. A lo lejos de allí, en la semipenumbra, hay una cámara de televisión y en el uniforme de los camarógrafos como también en la pantalla se leen las siglas “BBC” que, indudablemente, me transmiten la sensación de encontrarme rodeado de personas importantes, pese a que tienen aspecto extraño, diríase que parecen personajes de novela, ficticios en todo caso. De hecho es una deducción personal: por el contrario resultan estar lo suficientemente vivas como para reír con estruendosas carcajadas. Palmotean a una joven que se presenta en la tarima. La llaman Dedé como tú, y qué modales, qué voz, qué brillo brota de sus ojos, qué léxico, qué diferente se torna la reunión con la presencia de ella. Dedé es un sueño invernal y no sé porque razón, ahora que me doy cuenta, ella tiene que estar en esta fría escena de mi espíritu, de veras no lo sé, es lo único que no entiendo del experimento. Llega la hora del brindis, pido la copa de plata y empiezo a detallar a los visitantes. El vodka me desgarró la garganta. El atuendo de la gente a mi alrededor parece estrafalario, curioso: Un tipo semejante a un alquimista francés, otro parece un legendario vikingo, vestido a la moda de la Edad Media; un agricultor acaudalado que vive en Kidderminster, según dijo el anfitrión después de la presentación de la muchacha, entona una canción del campo...

Me encuentro en Whitehall, 1649, descubro al fin. Montado en un caballo bermejo y entre la multitud de soldados de cabeza rapada, sobresale un joven a quien llevan hasta un cadalso. Eso aparece en la pantalla mientras el animador pide un brindis por la reencarnación de su hijo Zelz. En ese instante, el muchacho, de quien se dice es el Rey Carlos I de Inglaterra, es ejecutado en presencia del pueblo. Recuerdo vivamente el episodio, un hacha cae sobre él, en pleno cerebro, me estremezco y miro en otra dirección.

Sin duda alguna, la ejecución me ha perturbado emocionalmente como si se tratara de mí mismo. Dedé sonrío.

## **LA MASA**

Veníamos de la montaña, Mara y yo. El frío nos arropaba mientras caía una lluvia granizada. Filamentos y hojas secas daban con violencia sobre nuestros rostros. Recién había llegado el invierno. Caminábamos rápido a lo largo del sendero, cuidándonos de no caer por los faldones. La noche advenía con premura. De vez en cuando se oía el canto triste de un búho o la estampida cercana de un animal. Se respiraba serenidad, pese a las sombras. Nos quedaba, después de todo, la satisfacción de culminar un buen día de campo. Hablábamos en susurros, como si nuestras voces tuvieran algún peso sobre las cosas. Poco a poco la noche crecía implacable, voraz. De pronto nos sentimos perdidos en medio de tan densas tinieblas. Una luz empezó a brillar en lo alto, por encima de unos pinos. Esta se agrandaba en forma circular, cada vez que nos acercábamos. Se desplazaba de manera lenta, inclinándose hacia la espesura de la cima de una montaña que amenazaba caer. Proseguimos a tientas. Mara me preguntaba con ternura y miedo, que si ya íbamos a llegar. En una curva, al pie de un cedro, observamos la luz que se había achicado. Falta poco, le contesté señalando el punto en referencia. La luz titilaba con mucha más fuerza que antes. ¿Ves eso? Debe ser lo que iluminaba el cielo, me respondió con cierta afonía. A lo mejor se trate de un aerolito de dinero, dije. No te burles, me respondió con nostalgia. La noche no podía ocultar la mancha roja. Había árboles de grandes ramajes alrededor, en el vasto potrero de arbustos y vacas dormidas. Tuvimos entonces que pasar por otro lado para no despertarlas. Estábamos perdidos. El rumor de una quebrada se oía mezclado al ruido que hacíamos con los zapatos y los enseres. De pronto el cielo se iluminó y unos fogonazos blandieron a lo alto. El viento nos acariciaba la piel, como un bálsamo. Nos acercamos, yo un poco más que ella. Cuidadosamente, después de contemplar en silencio la aureola verdiazul, con pequeñísimas y filosas espadas de fuego, se me ocurrió meter las manos en el calor, por encima de la fogata natural, hasta sentirme sofocado. La cosa, semejante a un cuarzo o sílice, en ocasiones relucía con mucho más esplendor cuando me acercaba. No

obstante logré penetrarla, la rocé sobre la parte plana, acariciándola, como se acaricia una entrepierna o un seno. A medida que frotaba esa cosa, algo aceitoso manaba. ¡Vámonos, por favor! Gritó ella. Se sentía consternada. Un murciélago cruzó la estancia rozando nuestras cabezas. El animal giró en círculo. Yo tenía las manos empegostadas de la sustancia. Los insectos coreaban en largos y extraños sonidos, en un concierto mágico. Dos horas rondando el mismo lugar, y mientras hacía todo lo posible al caminar, de soltarme de la cosa, ésta se adhería a mí como si fuese una goma viva. Tuve la sensación de que la cosa se transfundía a mi mano, haciéndola una sola esencia; incluso tornándose del mismo color de la piel. En la angustia intenté lanzar la cosa al monte; pero al ver allí, cercano al camino una naciente, me arrojé al centro de un pozo de agua verdosa. El charco empezó a brillar. Gracias al agua pude sacar las manos y frotármelas para quitarme los restos de ese elemento viscoso. La luz emergía desde el fondo por entre un remolino pardo con reflejos igualmente luminosos. La lumbre ascendió en forma de cilindro; aureolas fosforescentes se alzaban dentro del filo perpendicular; misteriosas imágenes flotaban, aros transparentes subían para encontrarse con otros que de la misma forma descendían, bifurcándose en finísimos tejidos parecidos un poco al destello de la luz de bengala. El corazón se nos quería salir. Un chillido espectral abominaba el espacio, fatigando la atmósfera y los árboles; el aire pesaba como un fardo... bajamos la montaña, rodando como piedras.

La vereda por la cual descendíamos de la montaña terminaba en un sembradío de café, frente a un roble, desde donde se podía ver el barrio. La ciudad se abría en un mudo reflejo de calles vacías, viejas, lineales. Es posible que a causa de la impresión recibida, Mara y yo actuáramos como robots. Debió crear en nosotros una especie de catalepsia temporal. A ella la despaché en un taxi hacia su casa y yo tuve que andar un trayecto largo, pensando, siempre pensando sin poder coordinar las ideas. Al llegar a la casa y pasar a la habitación, me sentí como un niño – el niño que se duerme contando ovejas, sin pensar en nada ni en nadie – inexorablemente sensible. Las pesadillas empezaron en ese momento. Llegué con el tiempo a temerle a las noches. Al atardecer, con la caída de los primeros fulgores de la luna, después de la cena, empezaba a sentirme solo, medroso e impotente para soportar la oscuridad. La otra cara del tiempo se perfilaba borrosa a mis ojos de niño pálido y enclenque, con cara de “vela partida”, decía mamá. Impasible, ella esperaba a que yo me durmiera, sin saber que para mí la noche era una tortura. Las tinieblas parecían

albergar en su seno todos los espectros habidos desde la creación del mundo: huestes infernales invadían mi habitación, me halaban la cobija, tiraban de las cosas. Fantasmas enloquecidos huían por calles sangrantes, saltimbanquis viejos reían a carcajadas con ojos desorbitados, cofradías de lisiados, jorobados, mendigos, esqueletos vivientes, sayonas, brujas de manos horribles, sacerdotes del diablo, hacían sus ceremonias nocturnas con el sacrificio de una bella dama parecida a Marilyn Monroe; noches execrables, malditas, bajo una medialuna menguante, luna de agosto.

Aquel incidente tuvo un terrible comienzo: la masa.

Ocupaba entonces el lugar más humilde de la casa: la última habitación, el único sitio en donde podía sentirme a gusto, sin ventanas, sin cuadros, sin nada. Pues bien, allí caí como todas las noches, sobre el grueso colchón ortopédico. Oía y veía las mismas cosas; no obstante percibía algo asfixiante. Durante varios años estuve preparándome para escribir esta experiencia. Sufrí accesos de locura, lagunas mentales, ataques de histeria superiores a la razón, trastornos que los médicos han definido como esquizofrenia avanzada y paranoia. Y ahora, en este momento crucial de mi vida, después de una larga espera sin dolor alguno, procedo a revelar esta confusa experiencia. Mi caso merecía ser oído como tal, pero nadie me creyó; sólo Mara, a quien nunca más volví a ver en forma material. Hubo noches cuando tuve que abandonar mi cuarto, presa de un espanto indescriptible. Corría por las calles, bajo la lluvia, en busca de luz. Me sumía poco a poco en un estado de parálisis en las extremidades inferiores, en desmayos sorprendidos, en depresiones constantes, hasta que acudí a las drogas para encontrar alguna estabilidad en los sentidos. Fue difícil soportar las primeras noches, me refiero, después de la ida a la montaña con Mara. Aquella impotencia e incomodidad en la habitación, aún la archivo en la memoria como derivada de una incomprensible angustia moral que aniquilaba la calma de un sueño apacible. Recuerdo que oía la gota en el grifo; veía al gato echado en la alfombra y nos observábamos como dos perfectos idiotas; a veces yo jugaba con él a quien sostuviera más la mirada. Esa noche lo hice. Escuché el tic-tac del reloj colonial del pasillo. Dio las tres de la madrugada, recuerdo. Encendí un cigarrillo para ver al humo dispersarse entre las sombras – esto me causaba un placer indescriptible -; zumbaban las otras cosas, golpeaban mi cerebro: la respiración se me aceleraba, las pulsaciones ¡Dios mío! Era insoportable la actividad del

viento, los latidos o bombeos del agua, de la sangre, de la savia en el tallo de los árboles de afuera. Los extraños sonidos semejaban el palpitar de nervios en las manos del cirujano; el aleteo de una mosca, el chasquido de una hoja seca en el pavimento, la digestión en el estómago del niño, mi hermanito, la orina del perro allá en el patio, la lengua carrasposa del gato al frotarse... ruidos infinitos, miles de estallidos, de golpes repentinos, de silbidos y cornetas, lastimaban mi sensibilidad auditiva. Todo lo escuchaba como si estuviera dentro de mí, en la cabeza o en los oídos. Me sentía mareado. Las cosas giraban alrededor. Entonces traté de mantenerme de pie. No pude. Me fui contra el suelo y al caer, vi al gato levantar el vuelo, como si fuera un ave de cuatro patas. El maullido, acaso lastimoso, rasgó con súbita violencia el mecanismo interior de la mente, inmediatamente la masa empezó a manar entre mis manos, verdosa, maleable, suave. Esa cosa flácida brillaba en todo mi cuerpo... la extraña y luminosa forma cilíndrica me envolvía con lentitud. Lentamente fui perdiendo la noción del tiempo y del espacio donde me encontraba. Corrí hacia el espejo y noté que me fundía en la oscuridad, perdiendo la figura humana. Me fui descomponiendo molecularmente frente al cristal; lo demás es mucho más asombroso.

En un principio diré que no es fácil creer esta historia y que, aunque lo dijera jurando ante la Biblia, nadie me creería. Esto que afirmo jamás lo he visto o sentido bajo fuertes dosis de narcóticos. No soy escéptico, en el fondo soy un obstinado moralista y religioso, situación que no viene al caso. He ahí el dilema: “Ser o no Ser”; Hamlet se revolverá en la tumba por este atrevimiento. Alguien, al verme así, como soy ahora, dijo que el hombre, dentro de una sociedad que le cercena los ideales y lo somete a un tipo de vida, que jamás aceptó por su propia voluntad, termina ahogándose en el misterio, o en esa cosa que va ahí... dijo, y yo lo miré con odio. Presumo que mi vida es un ente más de ese cúmulo de individuos que se prostituyen entregándose a los vicios que por un momento lo sustraen de la realidad, eso soy yo ¡vaya filosofía! En verdad no sé si tenga o no, razón ese hombre. Aseguro que soy uno de esos pero no por consecuencia de los estupefacientes; no sé que dirán ustedes místicos del mundo, científicos y médicos que no se explican mi caso. Fue necesaria tal experiencia para aceptar la vida terrenal con veneración. A pesar de haber sufrido una desmaterialización corporal, valoraba, en un sentido amplio, la facultad de sentir. El cuerpo y tacto sólo son vestidos del alma. La vida humana sólo es un tejido, carne, huesos y sangre, y eso queda ahí, frente al espejo. Partía, entonces, al infinito de otra

dimensión. Visité a Mara en su cuarto. Fue lo primero que hice. Me uní a una hueste de almas extraviadas, vibrantes, milenarias, tal vez. Desandé con ellas por toda la ciudad sin sentir nada, absolutamente nada, ni calor ni frío. Dialogué con los muertos en la misma forma como dialogan los vivos. Anhelaban – me confesaron – la vida terrenal. Imágenes de mujeres, de hombres, de niños, vagaban entre las tinieblas, ansiando reencarnar. Muchos de ellos simulaban ser felices en ese estado, quizás porque murieran de manera fatal a consecuencia del desenfreno humano; les rayaba el cuerpo o los brazos una marca singular, una herida en lo que antes fuese una carne fuerte. Alguien me comentó: fui sorprendido por un carro al final de la 5ª Avenida; yo decidí mi muerte lanzándome por un puente, dijo otro; yo fui violada por mi padre siendo todavía muy niña, gritó una joven; yo pertenecía al cuerpo de bomberos y pretendíamos salvar una anciana, cuando explotó una cocina y... con terror intenté huir, alejarme lo más pronto posible de allí. Alguien me tendió la mano: yo fui un mendigo que...

Fantasía ociosa, pensará usted, pero no es así. Yo ya formaba parte de esa comuna de desgraciados, en ese miserable submundo de muerte. Recorrí las calles, fui a los parques, entré en los bancos, a los sitios donde tantas veces quise estar, me senté a la mesa de costosísimos restaurantes, en las recámaras de hoteles lujosos; me arrellané en los puestos delanteros de los autos de moda, y regresé al cuarto de Mara, por última vez, pues luego intentaría suicidarme en espíritu. La llamé a lo íntimo de nuestros recuerdos, rocé sus labios, le susurré al oído, grité su nombre una y mil veces y lloré. Lloré amargamente, mas no hubo respuesta. Ella dormía boca arriba. No sé cuanto tiempo estuve en ese estado. Cuando regresé a mi cuerpo todavía estaba frente al espejo. Mamá tal vez no se percató que estaba en casa. Al sentirme dentro de la piel, como si hubiera penetrado en un estuche blanco, la angustia se apoderó de mí. Atravesé el patio y me dirigí hacia la cocina; allí había una ventana que daba al jardín de la casa. La abrí para saber si ya amanecía y a lo lejos una luz flotaba en la colina. Sentí las manos aceitosas y un frío de terror me subió desde los pies hasta la cabeza, entonces advertí el vacío en el cerebro, como si de pronto me hundiera en una tiniebla profunda. A traspies, logré encender la llama y derramar una sustancia líquida sobre el fuego, creo que era gasolina; convirtiéndome así en esta masa deforme, verdosa, flácida, que soy ahora.



## EL PENDULO

El médico exhala el aroma de los ambientales. Enciende un cigarrillo y aspira hondo, un tanto preocupado – es un caso extraño que no comprende –, asombrado, escucha al hombre que yace amarrado a uno de los postes de la carpa. Le oye toda esa jerigonza de palabras que parecieran venir de otro mundo; palabras ajenas a nuestro léxico y lo peor es no poderle entender.

Asdrúbal permanece amarrado al poste, sentado en su sillón, con los ojos cerrados, susurrando al aire. Nos acercamos: Se quedó en silencio, sumido en reflexiones, tal vez. De pronto abre los ojos y en sus pupilas aflora una chispa de dolor. Sólo recuerda las mismas cosas: “vi, primero, al bebé, un auto, una dama al volante y un tipo, después vi las calles, las mismas calles, las estatuas pasando, gente solitaria con sus caras angustiosas, con sus ropas raídas por la polilla y la amargura, insólitos lapsos generacionales. Todo lo percibo a través del espejo (con el apuntador de señales) o por el audio, semejante al telón de cine, claro está, las cosas emergen borrosas, con cierta ficción, todo allí, detenido ahora, encerrado en el marco del cristal o en la trasmigración de mi cuerpo”.

El galeno apaga el cigarro. La casona sobresale en la espesura a pesar de estar rodeada de apamates, de abedules e inmensas montañas. Estuvo tranquilo por algunos días. No nos atrevíamos a darle libertad. Una representación bien hecha. La reconstrucción de un miedo sutil. El inmortal interés por el terror. El libreto se adhiere perfectamente a la historia. Tiene belleza, fotografía, expresión corporal. La bestial presencia del hombre del paleolítico, es alimentado por la tecnología visual y los medios de comunicación. El ataúd de los tecnócratas, basura, basura, tan solo basura.

Una tarde lo dejamos salir al patio principal, y en un momento de descuido, sin que lo notáramos, echó a correr por la ladera, cafetal arriba, perdiéndose luego entre los árboles de guamas y tamarindo. Cuando lo buscamos (con los reflectores) ya se había alejado un buen trecho. Sospechamos que estaba en el caserío pero por allá nadie lo había visto. Entonces comisionamos varios peones y decidimos subir al riachuelo, allí estaba, junto a las tranquilas aguas, en el estrecho follaje de hojas secas que arrastraba el viento de las lomas.

Yacía tirado sobre la hojarasca, riendo con amargura, con la mueca de la desesperanza, burlona, la indefinida máscara un tanto cínica, tendido de bruces contra la vida. Forcejamos un poco hasta convencerlo de volver a casa. A las siete y cuarto ya estábamos en la vivienda. Agotados. Se quedó dormido a las ocho y cinco; cuando despertó empezó a sobarse las piernas y los brazos, con sumo cuidado, sintiéndose cansado y deprimido. De pronto se llevó las manos a las orejas: “otra vez – dijo – los aplausos zumbando en los oídos cual chasquido de cañas”. De pronto se echó a gritar, aullando, pataleando convulsivamente, envejeciéndose en cada alarido, pero sin perder el rostro de niño, con el hastío de la posesión; cuando habla (en trance), al principio, trata de pronunciar las vocales, después le sale esa voz gruesa, deforme, aterida, que dice ser la del padre, luego las otras cosas espantosas, la facultad de hacer girar los objetos, haciéndolos flotar como astronautas, lanzándolos al vacío, de mover nuestros sueños para teñirlos de color.

Esa tarde nos apresuramos a encender las lámparas de kerosén para hacer las fogatas. El comentario corrió por el valle. Antes de acomodarnos para dormir, ya teníamos la granja repleta de curiosos, quienes (¡) ofrecieron con voluntad su respaldo para sacarle el diablo a Asdrúbal (¡) ; noté las camándulas, los ajos, las cruces, los menjurjes sagrados y el agua bendita. Algo se avecinaba, lo presentía y observé por un instante a Asdrúbal, quien ahora se hallaba enterrado en sus pensamientos.

Lo atamos a una de las bases del cuartucho. La noche caía lenta, llena de sombras y latidos fúnebres, un manojito de secretos mecánicos, el marco de la película, el telón roto, desvencijado por la búsqueda de un signo capaz de derrotar el silencio, el destino desesperado, sorpresivo; la mancha intacta del personaje, el elemento viable para la reconstrucción del embrollo. Sucederán muchas cosas importantes (me dije desanimado y para darme ánimo, pensé en el éxito de la película, en los aplausos, en el montaje, en la crítica, en fin) ¿qué será del ahora? ¿Del presente y del futuro?

La voz atravesó la estancia. Esa maldita voz de trueno. Un ruido estridente llamándonos, gritándonos y nosotros al borde de la locura, asustados, temblando. El médico se veía exaltado. Lo peor es que le da por las noches, dije tartamudeando. Miré a Asdrúbal y los ojos le brillaban como a un lobo rabioso, de un color púrpura, encendidos, dilatados, ocultando al fantasma, la fiera entumecida, desafiando a Dios o a Moloch.

Transcurrieron las horas y Asdrúbal no reaccionaba normalmente. Se quejaba a cada instante, se sentía aturdido (quizá por el sonido de los altavoces o por la música al ritmo de la orquesta) y con el menor esfuerzo rompió las ataduras. Dio unos pasos adelante. Le acerqué el péndulo, tal cual como me lo habían aconsejado algunas personas del pueblo. Recordé la inducción hipnótica de segundo grado, la tabla de ouija ...

¡Al infierno! ¿Cómo destruir al monstruo que se apodera vertiginosamente de Asdrúbal? Di unos pasos hacia atrás. Lo observé con pánico. Tenía la boca abierta, los dientes simulaban garfios, los ojos desorbitados. Torciéndose. Retorciéndose. La oscuridad se llenó de figuras rondando alrededor de la hoguera y otra vez el bebé cubriendo su rostro. La cara se le iluminó de odio. Manoteó perdiendo el equilibrio, estremeciéndose, desfigurándose. Cerramos los sentidos a la razón, no existe, es sólo un efecto de cámara, del lente, es un producto del séptimo arte, del capitalismo, estoy seguro, después vendrá la invasión publicitaria, sin embargo estaba ahí, fuera del espejo, de las esferas del fuego y la ficción.

Me acordé de Dios y de los siete demonios que menciona la Biblia. Eran siete por cierto. Avanzaron en medio de la penumbra. Las diez y media. Hasta las doce esperaremos. Habló Asdrúbal por ellos (o Satanás). Nos llevamos las manos a la cara echándonos a llorar. Asdrúbal vociferaba entre los labios. Maldecía, expulsaba babaza. Recordé al doctor Andrés y al diagnóstico emitido por el consejo de psiquiatría, también recordé a Freud y a Jung. Aquello de la doble personalidad, la facultad paranormal de poder sustituir su identidad por otra ¿pero quién era esa otra? Y al momento un hipopótamo herido saltó de su voz, un estruendo de rocas prehistóricas, un berrido que nos erizó la piel. Contuvimos la respiración. Acercó la varilla arrastrando al zahorí.

Intenté correr pero me fue imposible. Las piernas me pesaban como si fuesen dos barras de cemento. El péndulo cayó sobre mis pies y rodó por el suelo hasta caer en la canal de piedra. Quise tomarlo y me dominó el terror. Levanté la mirada y Asdrúbal cantaba una canción infantil, con ternura. Al verme cerró los párpados e inmediatamente se dejó arrastrar hasta el rincón. Permanecimos callados. Nos arrodillamos.

Los engendros cercaron el grupo. El doctor sudaba gotas de sangre. Las once y cuarto. Asdrúbal era un enigma. Esgrimía quejidos sordos, desgarradores. Los bultos disformes se acercaron al péndulo. Soplaron sobre las llamas de la fogata y estas se

levantaron formando una estela de lanzas diagonales. La habitación resonaba crujiendo y rechinando por la fuerza de las ascuas. Las puntas subieron hasta la altura del techo. Irrumpieron las viejas maderas del granero. Afuera, el viento soplaba y resoplaba con insistencia tirando de las mastabas, de las vigas y las tejas de la casa. Acabaron con el establo. Sacudían con ímpetu, esparciendo mantos anaranjados por doquier. Las columnas se derrumbaron mientras aprovechábamos para correr como jaurías. Los troncos descendieron en filamentos arqueados tropezando con los enseres de la casa.

Las siluetas saltaron para incrustarse en el cuerpo ahora desnudo de Asdrúbal. Desde donde estábamos, podíamos contemplar las carnes laceradas, estriadas, divididas en surcos dorados, de Asdrúbal. Daba la impresión que se trataba de un rayo que hubiese caído sobre los escombros.

Los arquetipos salieron del cuerpo para marchar en círculo alrededor del hombre. Una carcajada, de pronto, reventó en los oídos de todos, oportunidad esta que aprovecharon para ordenarse mejor y enfrentarnos. E inmediatamente regresaron al cuerpo de Asdrúbal, rasgando los orificios de un tiempo sin relojes, sin medidas, sin regresos; de un tiempo impreciso en la trama; no, no es concebible crear montajes de planos paralelos, de planos abstractos, de contrastes diversos porque un gemido agudo, espeluznante, antecede a cualquier sonido de oboe emitiendo feroces ronquidos de aria sepulcral.

Los dioses o los demonios danzaban en el resplandor traslúcido del alma, tambaleándose en la transparencia de Asdrúbal. Su cuerpo se abrió en espirales fosforescentes y las formas se desintegraron llenando el paraje de cenizas y sangre. No hubo exorcismos, ni rezos, ni avemarías, sólo un olor fétido sucumbió en derredor, una materia trazada en diminutos fragmentos incinerados se esparcía en el aire azulado de la media noche.

En el firmamento podía verse la estampa de un bebé iluminando la luna, mientras nosotros destruíamos el aparato con su aguja infernal.

**FOBIA**

(A mí mismo)

Después de mi muerte ocurrió lo más inaudito que haya visto en toda la vida. Creí que mi deceso había sido por embolia pero se comprobó que fue por otra causa. Es obvio que no sé de medicina. Mi mujer, que es enfermera, se encargó de averiguarlo. Empezó por estudiar el sistema nervioso. Por supuesto quiso saber el “por qué” le tuve tanta fobia a la sangre. En eso fui un perfecto cobarde, me avergüenza confesarlo. Le tenía pánico a cualquier herida, incluso – y no debería decirlo – a la menstruación de mi compañera. Cuando le venía me iba a dormir al mueble de la sala. Pues bien, ella descubrió que en los tejidos, es decir, dicho en términos anatómicos o patológicos: “triple punto embriológico y fisiológico” (así lo escribió en la libreta de apuntes) yacía el misterio de tan nefasto karma. Como es de suponer yo estaba en el medio de la cama, tendido largo a largo y bien muerto. Hasta tenía una tímida sonrisa burlona, casi de idiota. ¡Qué se le puede hacer! Mi mujer tomó el bisturí y abrió en pedazos mi carne, como se abre una res. En una ocasión había dicho que, como me conocía, externamente, digo, quería conocerme también por dentro. Me amó, me amó demasiado, con toda su alma, de eso estoy seguro. Yo, en espíritu, me encontraba en aquel instante en el umbral de la habitación. Como no podía verme ni hablar, sólo pensaba. A esto le llamábamos en la Escuela Magnético Espiritual, a la que pertenecí por algún tiempo: “cruzar la barrera del sonido a la velocidad de la luz, en una desmaterialización necesaria para hallar la verdadera razón de la existencia”, de la ausencia, opino ahora. Me preparaba, entonces, para contemplarme desde la oscuridad cuando de repente se encendieron las luces de la vecindad y oí las voces de los cobradores alzándose como el piar de las águilas sobre la presa. Está de viaje, aclaró la viuda en tono enfático. Respuesta que originó una enorme algarabía en la puerta. Es un viaje muy largo, reflexioné. Son – a juzgar por el estado de mi augusta presencia o ausencia (modestia parte) - muchos años, siglos, milenios, en la infinita transición del tiempo. La muerte es un sueño, es como el sueño de un ave congelada en las edades del poniente eterno. Todavía podía distinguir el color de las cosas, las formas y dimensiones de lo que me rodeaba, el suave aroma de la hierbabuena, pese a que el olfato se me podría lentamente. Mi mujer regresó al oficio. Vi la sangre correr a borbotones y no sentí nada, por primera vez no sentí nada. Luego, al abrir mi estómago y un poco más abajo, extrajo con sumo cuidado partes del aparato digestivo:

hígado, páncreas, intestinos, riñones... se engrudó las manos de sangre y vísceras y arañó mas arriba, donde se encuentra mi corazón, grande y hermoso, y rosado como una dalia. Basada ella, en un libro de Cajal, logró descentralizar el conjunto de neuronas que habían generado el gesto juguetón y estúpido que me acompañó hasta el último día de la vida. Vi puertas de sangre abriéndose, tubos gelatinosos, esferas de color púrpura, fibras romboides, luminosas; vi – como Borges – algo similar al Aleph; mi mundo interno, que siempre había permanecido en secreto, hoy era descubierto por mi compañera. Ahora estábamos más unidos que nunca. Simbiosis perfecta. Después de conocerme profundamente tomó mis entrañas y las besó con ternura; pude ver sus ojos labrados de llanto. Juro, y lo digo con certeza, que jamás nadie me amó tanto como ella. Por último, y después de observarme detenidamente, al fin cerró la piel cociéndola con nylon, para luego enterrarme, justo debajo de la que fue nuestra cama matrimonial.

## **EL LIBRO**

Podría encender la televisión y tenderme largo a largo en el diván, buscar una Coca-cola, pan y una rebanada de queso, y entregarme al deleite de la vista.

Por ventura encuentro un libro en esta casa vieja y desvaída, azotada por las lluvias y el viento.

Tía regresa del mercado y da ciertas advertencias; advertencias que por supuesto me parecen exageradas. Insiste en ser precavida.

Una de esas tardes de verano podría haberme esfumado entre los cafetales, sin participarle para no oír sus recomendaciones. Después de cruzar algunas cercas y quebradas, tal vez descubriera un paraje de hojarasca y hierba seca a ras de la colina. El sol caería de improviso, es decir, sus rayos luminosos, en forma perpendicular, iluminarían el bosque en toda su plenitud. Una lagartija huiría apresurada... y sentado allí, en el declive, parpadeando por la insolación, sostendría el libro entre las manos.

El libro: “los árboles, de columnas desnudas, esparcen hacia arriba una ramazón vigorosa, reparo de la frente del castillo”.

“Es un edificio parecido a una gran ciudad, hacia la parte del sur...”

El sol se va cerrando lentamente por esa ventana inmensa a la que llamamos mundo.

Es un templo.

Entro en silencio. Una voz fuerte me llega desde el fondo. El indefinido acento se parece más a un zumbido de hojas que al sonido de unas palabras.

Finalmente me identifico con el autor y trato de ser reconocido en la escena. Reflexiono sobre el estado de las cosas y de mi presencia allí. Alguien se acerca y al captar la forma, su figura, una llamarada de terror me cruza por las vértebras. Intentaré describir al extraño ser, veamos: “...y he aquí un varón, cuyo aspecto era como aspecto de bronce; y tenía un cordel de lino en su mano, y una caña de medir; y él estaba a la puerta, y empezó a medir el templo”.

Sentí sobre mi cabeza mil ruedas infernales girando alrededor; circuitos propios de una ley espacial, envueltos en fuego y ceniza. La visión de “El Valle de los Huesos Secos”, sin duda alguna... “Y miré, y he aquí venía del norte un viento tempestuoso, una gran nube, con un fuego envolvente, y alrededor de él un resplandor, y en medio del fuego algo que parecía como bronce refulgente...”

Volví con mis pocas fuerzas a la soledad de la casa, quizá mi vida cesaba por un momento en esa inalcanzable búsqueda y recordé entonces algo de mi infancia. Recordé también las sombras que me perseguían por los pasillos de esa casona. Los misterios que tanto llamaban mi atención, y que se discutían siempre a la hora de comer. Las tertulias sobre “El Leviatán” o sobre “El Profeta Mudo”, o sobre la “Profecía contra el Neguev”. En fin, añoro en cierta forma aquellos instantes, aunque de ellos detesto las noches del insomnio, escuchando la lluvia que venía desde afuera, desde el jardín. Delante de mí, vibraba la profundidad del horizonte. Era como si mirara al sol y en él descubriera la mueca de Dios, sí, de un Dios esférico y ogro que retornaba en un tropel de ansiedades. A pesar de todo allí me veía, a los siete años, en esa hora de la ternura que creo reconocer en las palomas, quizás azules, del jardín, o en la humedad de la tierra donde esperaba a la abuela.

Abuela, el pan huele a sangre amada, a manos suaves, al café de la mañana, al chocolate con que sueles alegrarme después del castigo, a todo, menos a la emoción fatal del ayuno y la oración cristiana, menos a eso.

Debía apoyarme en la certidumbre de estar vivo, aquí, sobre esta hierba nocturna, inmensamente verde, inmensamente deslumbrante. Han pasado treinta años desde aquel amanecer infructuoso y aún continuo condenado al dogma. Casi treinta y seis años desde aquel desagradable desayuno en casa de tío Lucifer, y todavía sus palabras me persiguen: “las marcas de la bestia en ti, y el número prohibido, 666, no te olvides, hijo de Satán. Y él sentado en el cetro. Y tú, hijo mío, suplica de rodillas la misericordia divina”, exclamaba.

El café está listo, dijo mi tía.

Entonces me cepillaba los dientes.

Yo había perdido la gracia delante de todos. Me sentía degradado. Miraba con angustia el borde de las margaritas allá en el jardín. Miraba las abejas y un mono que también era propiedad de mi tía. Yo estaba irremediabilmente sentenciado al castigo. Parecía un cadáver, tenía los ojos brillantes, así me veía en el espejo. Regaba con lágrimas el vidrio de las persianas. Perdida la confianza en mí para qué acercarme a ellos, y menos ahora que la abuela ya no estaba. Jamás me entenderán.

Ese domingo fuimos a la iglesia.

Tía escuchaba con fervor el discurso del ministro.

A esto le llaman ayuno: soportar el hambre para alimentar el espíritu, pensé. No lo comprendía. No lo podía comprender. Comencé a sentirme agotado, exhausto. Imaginaba cosas raras, monumentos de cal o almidón, seguro; ángeles, ángeles guardianes del alma... ¡Dios! Mordisqueaban manzanas, quesos dorados y pan de trigo... ¡qué espejismo absurdo! La boca se me hacía agua...

“Ezequiel, iluminado entre los profetas, a él se le concedió el privilegio de medir el templo – continuó el predicador –, a él por su gran devoción ¿y a ti? Qué se te podría encomendar a ti, que ni siquiera puedes cumplir con un tonto sacrificio, no...”

El mono hacía morisquetas en el jardín, detrás del gallinero, recuerdo.

Mi tía levantaba el libro y sus tapas negras me transmitían una rigurosa reverencia hacia lo que leía.



“La tempestad invade la noche. El viento imita los resoplidos de un cetáceo y bate las puertas y ventanas. El agua barre...” A la ventana me he asomado para contemplar la vieja casa en ruinas donde discurrió mi infancia.

Estoy solo en medio del bosque.

Recién había pasado el verano. Arriba, las nubes amenazan lluvia. La hierba está fría y la madrugada cae al fondo de la quebrada. La voz de mi tía o de la abuela me llega desde los cafetales, como un zumbido de hojas.

## **GAJES DEL OFICIO**

### **Tributo a Ray Bradbury**

- Hoy le compramos un televisor de pulsera a la niña para que se entretenga en las horas de ocio, dice la Sra. Patri a su marido.

- Es necesario comprar uno portátil para el auto, mejor, instalar uno en el puesto delantero y otro en el trasero, agrega el Sr. Franz.

Al penetrar en la oficina, el Sr. Franz, enciende la luz mostaza del centro; a su vez las innumerables pantallas del fondo se iluminan presentando en cada una de ellas diferentes escenas. Allí pasa el tiempo, mientras le dura la crisis de soledad, después, con la caída de la tarde, regresa a casa, levemente excitado. Desde que entra va encendiendo todas las pantallas hasta llegar a la cocina. Los niños están entretenidos con la T.V. del jardín, la Sra. Patri con el de la recámara. Una vez más se siente solo, entonces le sube el volumen al televisor más cercano. El actor del momento es entrevistado y nadie puede perderse ese espectáculo. Los demás se acercan, reuniéndose fraternalmente. Los muchachos intentan imitar al entrevistado, mas, el acto resulta fallido. Ríen. ¡Al menos se intentó! Grita alguien. La imagen se ve clara. Ese único ojo mecánico, tan grande como la luna, desborda escenas de tiempos inmemoriales: la rubia del bikini azul, la cápsula para el olvido ¡cómprela! el auto espacial...

Arturito reparte los platos - nadie habla, están atentos en una escena de pistoleros de la década del 20 en Texas - y regresa al procesador de gas nacarado, que es el que más le gusta. Dos pastillas verdes (la de los vegetales) y una roja, a cada uno, de las cuales dejan la mitad. Terminan el almuerzo y se tienden cómodamente para ver el final de la película. Arturito sale al patio y contempla las dalias, los filamentos púrpura y otras flores; las aves le parecen extrañas, le atraen de tal manera que se propone curiosear en su pantalla algo de la memoria de un siglo, del planeta Tierra... Piensa un instante, con esa facultad electrónica de los nuevos robots, que le confieren una gran información a los humanos. Luego atraviesa el jardín y se dirige a la mesa, levanta los platos y regresa a la cocina. Se dispone a controlar el lavador de platos, cuando escucha un ¡HURRA! que lo saca del éxtasis. Ve con asombro cómo el Sr. Franz y la Sra. Patri están felices. Sonríen. Sus hijos al fin pudieron imitar al actor. Sin duda alguna ganaron los pistoleros de la calle sur del oeste, piensa Arturito y continúa en la cocina.

En Marte la vida es mucho más tranquila que en la Tierra

## **LA MANO DEL MORIBUNDO**

**“Lo que se hace por amor  
acontece siempre más allá del bien y del mal”  
(sentencias e interludios)**

**Nietzsche**

A lo mejor esto sólo quede entre líneas, el papel aguanta todo, no obstante una fuerza incontrolable me lleva a escribir, y al igual que Belsasar (quien vio los dedos de una mano de hombre escribir sobre el encolado de una pared del palacio real: “Mene, Mene, Tekel, Uparsin”), confieso que este enunciado simbólico me produjo una terrible confusión. Desde ese entonces las noches se convirtieron en perennes pesadillas; noches largas y tediosas

teñidas de asombro, de personas cercanas y lejanas, de sombras fantasmales rondando alrededor de mi alcoba. Imagino rostros labrados de llanto, de fuego, rostros dibujados en el espejo de la habitación de Marien, palabras, las mismas palabras ensangrentadas, arañadas sobre el desván, la pared, el cuadro de Armenteros, como rasgada por la mano de un moribundo..

### “Mene”

En la candente mañana de un lunes de abril supe que Marien se hallaba hospitalizada. No lo podía creer. El día anterior había encontrado una carta doblada metódicamente. La misiva era para ella. En carácter de intruso aproveché para leerla. Entre las cosas que decía, trivialidades al fin, lo único interesante era una sentencia que le auguraba un mal designio. Inmediatamente lo comparé con la interpretación que Daniel le hiciera a Belsasar sobre el arcano Mene: “contó Dios tu reino y le ha puesto fin.” Traduce. - A estas horas ya estará rumbo a la montaña, pensé mientras lanzaba la carta al basurero. Trataré de reconstruir la escena.

Lo primero que noté, si mal no recuerdo, fue que el aire se transformaba lentamente en ceniza. El incesante y vasto movimiento mecánico del automóvil la precipitaba (a juzgar por la premonición), a un vacío de infinita y pavorosa carrera hacia la muerte. Sin duda alguna el Universo vira en remolinos órficos, en círculos misteriosos, en llamaradas desafiantes que sólo los espíritus sensibles pueden captar. No debería continuar con este relato pues me embarga una imperiosa agonía, y sin embargo, el hecho de hacerlo, y saber que lo puedo hacer, me llena de una arrogante vanidad.

Al considerar el caso como tema de reflexión, debo asumir gran parte de la responsabilidad en tan nefasto drama, sin embargo, pese a todo, una vana y exasperada devoción me levanta sobre los hombros de una luz matinal. El difuso enigma se torna fulminante. Marien reposa plácidamente en el puesto delantero del Nova y el rostro de ella se repite en el espejo retrovisor. Recordé sus ojos de almendra, tal como aparecen en las fotografías que revelaba emocionado.

La Polaroid aún conserva su perfecta nitidez. En la primera, Juan Carlos la toma de un brazo. Ambos ríen acariciando el viejo pekinés de Merli. Al otro día me enteré que

Marien se había ganado un resfriado por correr bajo la lluvia. El torrencial aguacero acabó con parte de nuestros barrios marginales. Tomé el álbum y examiné cada foto, las que le regalé el día de su cumpleaños: M. En traje de baño, de perfil, en la estación de una línea de taxis, dentro de una cabina de teléfonos disfrazada de conejita a los cuatro años, y a los dieciséis graduándose de bachiller, luego aparece en el Pico Bolívar, envuelta en una ruana a rayas; en fin, toda una filmación para películas de...

Las toallas de baño sobre la cómoda, los blúmeres en la butaca, las sandalias con piel de puma africano colocadas minuciosamente a un lado de la cama; todas esas cosas le dan al ambiente un aspecto de pequeño burgués vanamente erótico. Imagino las sensaciones y las clasifico de acuerdo a la forma, dimensión e intensidad emocional:

### **PRIMERA SENSACIÓN**

Estar frente a ella, inclinado, amordazado ante el silencio, conforme a la decisión de los astros (creo ciegamente en la astrología)

### **SEGUNDA SENSACION**

De no estar o estar pero en forma invisible para observarla detenidamente. Ella no es muy alta, más bien es de regular estatura, frágil, mueve el brazo derecho hasta rozarse el montecillo de Venus. Envuelta en el humo del cigarro, brilla su piel canela en el ébano del recinto, cual si fuera una alondra bajo la luna de marzo.

### **TERCERA SENSACION**

Miedo, sí, créanlo, o no, me da miedo esta impresión, temo al éxtasis, aunque al aceptarlo me estalle de risa; pensar que en la ausencia, en la soledad del vestíbulo y detrás del sonido de la respiración, ella me esconda graciosamente en el anonimato.

### **CUARTA SENSACIÓN**

Imagíenme tratando (sin apuros y de acuerdo al Control Silva), de controlar mi actividad mental para intentar lo inconmensurable del orgasmo. El revés de la otra fase, la del sentido ilógico, análogo al ocio o al desperdicio. Sé que no me entienden. Cabalgar en los caballos rosados del Eros, y por fin, al fin carajo, sudorosas, extenuadas, sus manos largas y afiladas me desmenucen en la intimidad, en los carros de fuego y golondrinas que se ciernen en la humareda de la piel.

## QUINTA SENSACION

Vivir remotamente muerto tras la figura de su rostro. Vivir y morir en el instante de la duda. ¡Vaina! Merezco un brindis! Durante algún tiempo soñé con esta invasión de absurdas sensaciones, porque todo por muy descabellado que sea es necesario para sobrevivir, porque vale la pena vivir. Permítanme agregar que en tal circunstancia brindé en nombre del amor y la amistad. ¿Cómo definir esa situación? Propongo un brindis por la nostalgia de compartir esta habitación con mi sombra. “El hombre moderno debe amoldarse a las nuevas formas de la razón y no a las supersticiones contemplativas”, escribí en alguna parte de la memoria. Nunca pensé que ella pudiera transmitirme tan raras sensaciones. Me senté en el orillo de la cama. Guardé las fotografías. “Una fotografía es un secreto acerca de un secreto” recordé las palabras de Diane Arbus. Para ustedes las cosas deben resultar borrosas, sin embargo si imaginan la escena podrán comprenderme. El color es implacable, estridente. El plano es astral. Fuera del cuadro sólo hay una ventana. El revelado es cromógeno con ciertas curvas sensibles. Procederemos a la interpretación del enigma. Nuestra amiga va en el auto, como dije antes. Percibo la inutilidad que ella siente, entregada al acto de viajar. Inepta disposición. Ridícula actitud, pomposa y banal ¿Cómo ubicarla en el tiempo y en el espacio? Esta percusión de sonidos imprecisos me exponen a la crítica de artistas frustrados. Censuro a los escritores y sus figurados argumentos, sus fábulas mediocres. Odio a los poetas farsantes, a los estudiosos del arte. Ustedes preguntarán: ¿¿¿por qué escribe??? Prefiero la fotografía, los astros y la filosofía de lo transitorio. Sostengo que el papel aguanta todo. Henos aquí, apoyados en el báculo de la soledad. Marien se queda dormida dentro del auto. Bosteza. Gira su mano derecha hacia la manigueta de la puerta y se acuerda de Juan Carlos, de las palabras que le dijera antes de partir, sus últimas palabras. Y lo desprecia con todas las fuerzas, sus malditas premoniciones ¡vaya manera de chantajear!

“Tequel”

Arribo a la segunda parte del relato. Me ha costado – ustedes no se imaginan cuánto – moldear la perspectiva definitiva del episodio, del sello que en sentido figurado ha de armonizar los elementos de la creatividad: inteligencia, constancia, conceptos, músicasonido de los símbolos, coreografía de adverbios indispensables para la continuidad

del proceso. Opino, si me es permitido, que el academicismo y la dialéctica lo único que hacen es generar dudas. Pues bien, ya ni siquiera sé que voy a hacer con Marien. Esta deliberación tiende a humanizar mi espíritu. La falta y el error según lo considera Juan Carlos ha perturbado un tanto la fe que él tenía en ella. Francamente me asombran. Incondicionalmente ya formo parte de esa estúpida treta. Nada diré al respecto que me comprometa con el secreto de las facultades parapsicológicas de J.C. Cuando me arriesgué a penetrar en la habitación de Marien para hurtar las fotografías nunca pensé que alguien se empeñara en hacerle daño. En la carta no estaba del todo definida la situación. El texto que a continuación vamos a interpretar corresponde a una visión de extraño y pésimo sentido. Y en caso que se cumpla afirmo ser un ignorante en asuntos de la mente y del psicotropismo, sin embargo no deja de ser interesante. Comprendo una vez más la intención del autor de este meollo.

El centro de la frase, según el profético libro, traduce literalmente: “pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto”. Es una necedad conceptuar el simbólico y profuso enunciado; sólo Nostradamus podría desentrañarlo. Que Juan Carlos a través de los llamados por él, elementos extrasensoriales, haya decidido el destino de Marien, es anticientífico. Que los libros de carácter profético aún se entiendan con nuestras modernas formas de razonar, no tiene lógica. Que dicha visión fuera admisible por el azar, da otro giro a la historia. Volvamos al principio. Observo inexactamente una secuencia de elementos mecánicos, telégrafos, teléfonos públicos, calles penumbrosas, solitarias y legendarias vías que pululan en esta zona fría de Los Andes. Las casas pasan ligeras frente a las ventanas del automóvil. Marien aspira el aire puro de las montañas. La neblina empaña los vidrios. De pronto se sintió falsa, vacía, recriminada (tal como lo reza el milenario enunciado) Lamentó la relación con Juan Carlos. Su oculto misticismo. La obsesión de él la había llevado al extremo de la locura y ésta la había arrastrado hacia el abismo. Recordó el día cuando se despidieron, tan mediocre como el mismo Juan Carlos. Ahora lo imaginaba en la oscuridad de la habitación consultando la tabla de ouija, las cartas zener, los dados, el péndulo... ¡A mala hora lo recordaba! La carretera parecía una larga serpiente calcinada por la luna. Ojeó el paraje y una enorme lágrima rodó por sus mejillas. No encontró una excusa para justificar su semblante y sólo atinó a decir que se sentía mareada.

## “Uparsin”

Cuando llegué al hospital inmediatamente me informaron en qué habitación se encontraba. Detesto el olor a medicina y todo lo que tenga que ver con ella. La frialdad de los pasillos, los tétricos espacios en donde se pasea la muerte, la muda y sorda ventilación que hacen más denso el ambiente, todo eso componía a simple vista, la macabra figura del dolor.

Al encontrar a Marien quedé suspendido en el letargo, en los siglos que nos unían a tantas vivencias. Estaba envuelta en sábanas blancas y el rostro lo tenía débilmente pálido con el ojo izquierdo vendado. Recogí al instante todas las incógnitas en una sola sensación. Su único ojo al descubierto, lloraba. No obstante aún así abordó en su mirada todas las ironías posibles. Merli dice que ella nació rebelde. Asumo la posición de quien se queda detenido ante un cuadro (como cuando compré el cuadro de Armenteros y después no sabía si conservarlo o no, por la terrible impresión que me causaba la mano que resbalaba rasando la pared de un bar), como la gente que va y viene por los pasillos como si estuvieran en un museo y cuyos motivos, para disfrutar, fuesen espectros mutilados, heridos, enfermos desahuciados, sidosos... ¡Cómo expresar abiertamente el contenido de esta escena!

“Es algo así como una foto dentro de una foto que a su vez es otra foto. Una historia dentro de una historia que a la larga es otra historia. Un cuento dentro de un cuento o una novela dentro de un cuento que es en suma otra novela”.

Las voces y los murmullos y las confesiones de los reclusos me seguían en la mente. Venían inundando los solitarios y alargados ángulos del espacio. De cuando en cuando asomaban rostros apenas definibles para desaparecer luego entre los habitáculos. Mis pasos violaban con el silencio aquel ensordecedor ruido de gritos. Aquello me pesaba como un fardo de pieles sobre la piel. Y de pronto ella me descubrió en el umbral de su conciencia. Me acerqué; de sus labios despegó algo así como un lamento (ya no irónico) que se fue perdiendo lentamente en la estancia. Alargué el brazo y acaricié su cabeza. Noté que estaba empegostada de sangre. Sin palabras asió mi mano y de repente recordé las fotografías. Su rostro se redujo en mi cerebro a una simple copia de negativos, a un recuerdo para el archivo del olvido. La miré estúpidamente, creo, pues aunque no lo

quisiera, ya tenía el final de este drama: algo que era supremamente misterioso, más allá del bien y del mal. Me mantuve inmóvil, observándola dentro de un sueño, un sueño tan desnudo y doloroso como una calle húmeda de lluvia, de la lluvia de marzo, morena...

“Peres”

“Tu reino ha sido roto y dado a los medos y a los persas”. La noche se moría en la cúpula de la montaña, se moría en el estero, abajo, entre la neblina, mientras la carretera se hundía en profusas praderas. En la radio se oía una canción comercial, demasiado aguda para la gravedad del silencio. El viento apenas silbaba, luego se oyó otra canción y otra, que decían lo mismo. Nada nuevo. Sonidos silábicos (silepsis del tedio) que empañaban el espacio de hostilidad. Llegamos al fin a la conclusión final. Callaba Marien en la intimidad de su absoluto secreto. Juan Carlos consultaba sus elementos paranormales. Hacía gráficos en un pizarrón. Calculaba a través de los astros. Últimamente la había asediado demasiado, la seguía a todas partes, a prudente distancia. Lo peor del caso es que yo también había caído en semejante estupidez. Llené mi cuarto de litografías ampliadas en donde sólo ella era el motivo para escribir. Comprendí que la amaba (como en las novelas rosa de la televisión, cursis de veras, pero ¿cómo decirlo de otra manera?). Aquí está el centro del laberinto, el misterio de este acertijo. ¿Podría acaso Juan Carlos por medio de sus experimentos extra-sensoriales, luchar con mi lúcida creatividad? El paradigma se bifurca. Prefiero ver a Marien en la habitación, posar frente al espejo, semidesnuda, serena, en la media luz del recinto que invita al relax, y no así, postrada y envuelta en yeso y vendas. Intenté retenerla. Fue en esa mañana de febrero (en un día de duelo nacional) cuando tomé la decisión de advertirle sobre el accidente. Estaba solo, oyendo una música suave de violín. Tomaba vodka. Al otro día me aparecí en su apartamento. Ella me esperaba. Quería que la liberara de Juan Carlos. ¡Qué ironía! Librarla de él para encarcelarla en mis fotografías, en los astros, en mis terribles pesadillas e insomnios, en la miseria ¡bah! O entre mis manos que rasgan la penumbra y la soledad. Juan Carlos no dejaba de atormentarla despiadadamente, con insistencia, con sus premoniciones. La amenazaba con darle muerte si no volvía con él. Ella hablaba con frases entrecortadas. Dos meses fueron suficientes para aferrarme a ella, hasta el momento cuando sucedió el accidente. El auto avanzaba alocadamente por las campiñas del sur, valles al principio, declives montañosos después. Al conductor no le importó el supuesto mareo de ella. El panorama era por demás



rústico, ocre, tal vez por causa de la neblina; sin casas, sin postes, sin cables de electricidad, sin nada, como si los objetos hubieran desaparecido. La noche llegó con su manto de ébano mientras la luna de abril se posaba en sus ojos de alondra.

### **SEXTA SENSACION**

De estar en una dimensión donde soy un dios que va a trazar el límite que nos separa: Imprevistamente los ocupantes del vehículo empezaron a girar en torno al universo. O fue el cinismo de Juan Carlos o fue mi imaginación la que produjo el desenlace de este paradigma.

### **SEPTIMA SENSACION**

De escuchar, un domingo por la noche, voces y gritos que se perdían en el eco de la montaña. Y sobre los pastizales, en las fuentes, sobre las almenas, y a lo largo de la carretera –serpiente calcinada por la luna- una voz desanda perdiéndose en el acuoso aire de Los Andes, mientras en el espejo, en la pared del adusto palacio, en el silencio de mis escritos, una mano con dedos de hombre (probablemente la de Juan Carlos) araña la ausencia, rasga el cristal, asesina el secreto, como si fuera la mano del moribundo...

MANUEL ROJAS – TÁCHIRA (1955- )

Manuel Rojas: Nació en San Cristóbal, estado Táchira, Venezuela, en 1955. Trabaja en la Contraloría del Municipio San Cristóbal, desde 1988 (otro currículum). Ha sido galardonado con varios Premios y Menciones Especiales, en Concursos Literarios de la región. En 1990 obtuvo el Primer Premio en el Concurso de Poesía Binacional Fronterizo, auspiciado por el Instituto Universitario de la Frontera (IUFRONT). Posee once Premios literarios entre Primeros lugares y Menciones Especiales, en Narrativa, poesía y ensayo. Su producción literaria aparece en periódicos y revistas nacionales e internacionales. Ha sido jurado en varios concursos literarios. Obras publicadas: libro de cuentos titulado “Los Espacios Socavados” (1994), Editorial “La Artística”. Libro de poemas y cuentos cortos titulado “Hojas de Ceniza”, Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses (1999) “Con el Paso del Tiempo” libro de cuentos ganador del Concurso al mejor libro, auspiciado por la Dirección de Cultura del estado Táchira, Venezuela. (2003) “Ceremonia del Ocaso”, ganador del Concurso Cada Día un Libro, Certamen Mayor para las letras y las Artes, convocado por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura, de la República Bolivariana de Venezuela. Poemas. (2005). “La Mano del Moribundo y otros cuentos” Fondo Editorial Simón Rodríguez (2006). “Ciudad en la Niebla”, recopilación de varios autores de cuentos urbanos (2008). Ha sido homenajeado por varias instituciones educativas: Liceo

Bolivariano Gonzalo Méndez y Museo de Artes Visuales y del Espacio del Táchira (MAVET) con placa de mármol en la acera, que incluye un poema suyo. Ha sido incluido en el Diccionario Nacional de Escritores Venezolanos titulado ¿Quiénes escriben en Venezuela? También en el Catálogo del Municipio San Cristóbal, Estado Táchira, publicado por el Instituto de Patrimonio Nacional (IPC) adscrito al Ministerio del Poder Popular para la Cultura, de la República Bolivariana de Venezuela, y en la Antología Poetas del Siglo XX en Venezuela, del Investigador José Antonio Escalona, Escalona. Se desempeñó como Coordinador de Literatura de la Dirección de Cultura del estado Táchira, Venezuela (2004-2007)